La conquista del ESPACIO

¡JAQUE A LA TIERRA!

Glenn Parrish

CIENCIA FICCION





GLENN PARRISH

¡JAQUE A LA TIERRA!

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 529



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA – BOGOTA - BUENOS AIRES – CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02525-0
Depósito legal B 23.251 1985
Impreso en España — Printed in Spain

1.ª edición en España: SEPTIEMBRE, 1980

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

CAPITULO PRIMERO

—John Joseph Barrett ha sido reconocido culpable de homicidio en la persona de Orville Duggan, por lo que fue sentenciado a la pena de muerte en la cámara de desintegración. ¿Tiene algo que alegar, antes de que la sentencia sea cumplida?

El reo meneó la cabeza. No tenía nada que decir.

Era una sentencia injusta, pensó, pero no había nada que hacer contra la decisión del tribunal. Todas sus demandas, todos sus alegatos, habían sido desechados. La sentencia había sido confirmada inapelablemente.

Y ahora se iba a cumplir en aquella jaula de vidrio, semejante a una anticuada cabina telefónica, pero sin divisiones parciales. Era un cubo de unos dos metros de lado, con paredes y techo totalmente transparentes.

Los mecanismos de desintegración estaban en el suelo, que quedaba a veinte centímetros del gris pavimento de la cámara de ejecuciones. Al fondo, un guardián, estaba dispuesto a apretar el botón que pondría en funcionamiento la maquinaria fatal. Su cuerpo se desharía en quintillones de átomos, que luego serían arrojados a la atmósfera. Cuando el mortífero aparato hubiese terminado de funcionar, no quedarían de él ni cenizas tan siquiera.

El director de la cárcel se le acercó, acompañado por dos guardianes.

—Valor, Barrett —dijo—. No sentirá nada. Todo acabará en unos segundos.

Barrett apretó los labios. Morir, tan joven... Aún no había cumplido los treinta años. En el siglo XXIII se podían alcanzar sin dificultad los dos siglos y medio. Le robaban, al menos, doscientos años de vida.

Y todo, para compensar la que él había cortado violentamente. Con

razón, estimaba. Pero los jueces pensaban de una forma diametralmente opuesta y por ello le habían condenado a morir desintegrado.

Los guardias le empujaron suavemente.

—Puede mantenerse en pie —dijo uno de ellos—. Pero si prefiere tumbarse...

El hombre no siguió. De pie, sentado, arrodillado, tumbado, ¿qué más daba?

El desintegrador funcionaría igualmente. Barrett inspiró con fuerza y entró en la cámara, cuya puerta se cerró inmediatamente a sus espaldas con leve chasquido.

Un guardia comprobó los cierres. Barrett contempló los rostros de las personas que estaban presentes en la ejecución: el representante del fiscal, su abogado, un médico —aunque, ¿de qué servía un médico si luego no había restos humanos a los que hacer la autopsia?—, un par de periodistas, varios guardianes...

El director hizo una señal con la mano. El ejecutor presionó a fondo el botón de puesta en funcionamiento.

Barrett lo vio claramente. Se preparó para morir.

En los primeros instantes, no percibió nada. Luego, de repente, se sintió acometido por miles de pinchazos. Cientos de miles, millones de furiosas avispas picaron todo su cuerpo. ¿Y aún decían que no iba a doler?

Los pinchazos, sin embargo, eran muy tenues. Era su mismo número lo que causaba aquella intolerable agonía. Incapaz de resistir el dolor, se retorció sobre sí mismo.

Cayó de rodillas. Fuera, los espectadores veían transparentarse su cuerpo, hacerse menos visible con enorme rapidez, convertirse en algo

parecido a una silueta espectral...

Y, de súbito, Barrett desapareció.

Hubo una ligera neblina gris, que se movió un poco durante algunos segundos, deshaciéndose en .volutas cada vez más tenues, hasta desaparecer por completo. El interior de la cámara quedó tan limpio como antes de iniciarse el proceso de desintegración.

Y alguien dijo:

—¡La sentencia ha sido cumplida!

* * *

Agonía.

Dolor. Dolor. Dolor.

Una inmensa sensación de quemadura total.

El fuego absoluto. La torsión completa del alma y del cuerpo.

Y el horror de sentirse desaparecer, deshaciéndose en una incontable multitud de fragmentos, cada vez más minúsculos.

El dolor se dividía también y acompañaba a cada trozo de su cuerpo, a cada partícula, cada molécula... Los átomos también reflejaban el dolor que producía la desintegración. También agonizaban los átomos.

El dolor fue creciendo, aumentando cada vez más, haciéndose indescriptiblemente intenso hasta que, al fin, todo el dolor se resumió en un atronador estallido de luz, infinitamente más potente que el que hubieran producido un millón de bombas termonucleares estallando a un tiempo. El fragoroso estampido final apagó la luz y extinguió el dolor.

* * *

Las sensaciones fueron retornando lentamente a su cuerpo y a su mente. De pronto, notó que le golpeaban la rodilla y encogió la pierna.

Alguien levantó uno de sus párpados y estudió una de sus pupilas. Luego sintió que le aplicaban un estetoscopio al pecho. Dos dedos se posaron en su muñeca. Instantes más tarde, una mano golpeó suavemente sus mejillas.

—Vamos, despierta, despierta...

Barrett abrió los ojos. Trató de corregir el foco de visión. Hizo un esfuerzo y se incorporó sobre un codo.

—¿Esto es... la muerte?

El hombre de la bata blanca sonrió.

—No estás muerto, J. J. Barrett —aseguró.

Hubo un momento de silencio. Barrett trataba de asimilar el sentido de aquellas palabras.

—¿Ha habido algún fallo? —preguntó al cabo.

—Según —contestó el hombre, sonriendo maliciosamente. Tenía unos cincuenta y ocho años y se conservaba bien. Era fornido, de pelo negro, muy abundante, y usaba barba de collar.

Barrett se percató de que estaba en una cama. El hombre le entregó un vaso humeante.

—Es una antigua bebida, muy reconfortante y ahora poco menos que proscrita: café con coñac —dijo.

Barrett tomó unos sorbos. La debilidad que sentía empezó a desaparecer. Miró al hombre y creyó reconocerle.

—Usted..., ¿no es el doctor Smith?

Sonó una fuerte risotada.

—Así me llaman, en efecto, porque mi verdadero apellido es Smith-Smith-Smith, repetido tres veces, sin lo cual, queda incompleto —contestó—. También puedes llamarme Fred, que resultará mucho más cómodo. ¿Te sientes mejor?

—Bastante bien, señor. Pero no sé qué ha pasado...

—Es bien sencillo: sustituimos la cámara de desintegración por otra de traslación instantánea. Son muy parecidas y, con unos ligeros retoques, nadie notó la diferencia. —Entonces, no me han ejecutado...

—Estás a cincuenta y siete kilómetros de la penitenciaría y allí, salvo una o dos personas, todos creen que la sentencia ha sido cumplida. Para evitar sospechas, se alegó algunos posibles fallos en la cabina de desintegración y se sustituyó por la que había sido preparada de antemano. Yo mismo me ocupé de todos los detalles. Y, excepto el Presidente y media docena de altos personajes más, todos ellos de absoluta confianza, nadie sabe que estás vivo y en mi laboratorio.

Barrett se sentía abrumado.

—Pero ¿por qué? No conozco al Presidente mundial... Sé que rechazó mi demanda de indulto...

El doctor hizo un gesto con la cabeza.

—Trata de ponerte en pie. Vamos a comer; lo estás necesitando —dijo con acento persuasivo.

* * *

La ensalada, el asado de carne, la crema, el helado, el buen vino, los postres, el café y un excelente habano, acabaron por convencer a Barrett de que, efectivamente, estaba vivo. Cuando terminó, se retrepó en su silla y miró al hombre que estaba frente a él. Sonreía, mientras sujetaba el humeante cigarro con los dientes.

—Usted no ha hecho esto por caridad —dijo.

—Lo admito —contestó Smith sin inmutarse—. Necesitábamos un hombre muerto, cuyo fallecimiento constatase de modo absoluto, sin lugar a dudas. Tú eras el candidato más adecuado, no sólo por las circunstancias personales, sino porque tu muerte iba a ser presenciada por una docena de personas, acerca de cuyo testimonio no puede caber duda alguna.

—Es decir, estoy vivo, pero oficialmente muerto.

—En efecto. Y, como has dicho muy bien, no lo hemos hecho por altruismo. Tienes que viajar a Hegghaddon, entrevistarte con su jefe de Estado planetario y conseguir que firme el tratado con la Tierra. Para que no te hagas ilusiones, debes saber que hemos enviado ya a cuatro mensajeros antes que a ti y que los cuatro han fracasado.

—Ese jefe de Estado planetario se negó a firmar...

—Al contrario. Quiere firmar, pero no le dejan. Los cuatro enviados murieron. Ninguno volvió.

—Ya me suponía yo... Total, si muero, no se pierde nada, puesto que, de todas formas, ya estaba condenado. —Lamentablemente, es así. Ya no podíamos echar mano de nuestros agentes. Ni encontrábamos a ninguno que quisiera correr el riesgo, ni tampoco queríamos enviar a otro a una muerte segura. Por eso acordamos esta pequeña trampa, para conseguir tu colaboración.

Barrett se sirvió otra dosis de coñac. —Siga, siga, Fred. Esto se pone muy interesante. Empiezo a pensar que el presidente de Hegghaddon está prisionero o algo por el estilo.

—Muy cierto, aunque la excusa oficial es que se está tratando una larga enfermedad, cuya curación requiere una considerable cantidad de tiempo. Ya lleva así año y medio y su «médico» asegura que tardará otro tanto en abandonar el «sanatorio» en que se encuentra. —Es decir, lo tienen secuestrado.

—Exactamente. Pero debes hablar en femenino. No es presidente, sino princesa-gobernadora y su nombre es Vynella D'Sgwiwinq. El primer ministro es el «médico» y, naturalmente, se encarga de que nadie se acerque a Vynella, si no. es con su permiso. Como comprenderás, los que no obtienen ese permiso de ninguna manera, son los agentes de la Tierra. —Y yo tengo que llegar allí...

—Y apenas hayas conseguido hablar con Vynella, obtendrás su firma, con lo que los esfuerzos de Gorton S'Kurr y su corte de esbirros no habrán servido para nada. —Es decir, Vynella tiene el tratado en sus manos. — S'Kurr fue lo suficientemente generoso para permitir que se le entregase, pero no permite, en cambio, que se saque de la fortaleza de Sanhwoj, que es el «sanatorio» donde ella está curándose de la enfermedad inventada por su primer ministro.

—De acuerdo. Iré allí, pero... ¿no teme que me reconozca? En los últimos tiempos, y debido a mi caso, mi rostro ha sido demasiado divulgado...

—Para el viaje cambiarás de nombre y serás Rickman Thorne, turista en vacaciones. También te cambiaremos algo el rostro; lo suficiente para alterar ligeramente tus facciones, pero no tanto que provoquemos un trauma en ti, que pueda provocar un conflicto en el momento menos deseado. Se te facilitarán documentos, dinero; estudiarás un historial falso, pero perfectamente aceptable...

—¿Viajaré en un traslado instantáneo? —se alarmó Barrett.

—Oh, no; no tienen la suficiente potencia para llegar a doscientos cuarenta y cuatro años luz, que es la distancia que nos separa de Hegghaddon. Y una vez que llegues a Alliwan, la capital, tendrás que ingeniártelas para alcanzar el sanatorio y conseguir el tratado.

—¿Cómo sabrá Vynella que soy el agente enviado por el gobierno de la Tierra?

—Aunque muy difícilmente, hemos logrado contactar con ella y conoce de antemano la contraseña que identificará a nuestro agente. La

llevarás dentro de tu cuerpo, pero ni tú mismo sabrás qué contraseña es ni cómo se puede reconocer. Ella sí lo sabe y te identificará... o te entregará a los esbirros de S'Kurr.

—Bien, supongamos que cumplo la misión y vuelvo con el tratado firmado. ¿Qué ganaré a cambio?

—Estás vivo. El Presidente firmará tu absolución total.

Barrett meditó durante algunos segundos.

—Creo que es un trato justo —dijo al cabo—. Fred, ¿conoce usted las circunstancias de mi caso?

—Sí —respondió Smith—. Y creo que, en tu pellejo, yo hubiera obrado exactamente igual.

—Gracias —sonrió el joven—. Oiga, supongo que el «sanatorio» estará muy vigilado...

—Bueno, es una especie de castillo, situado en el centro de una isla rocosa, como una montaña de cumbre muy aguda, isla que, a su vez, está rodeada por un lago que no mide menos de doscientos kilómetros de anchura en su parte más angosta. S'Kurr cuenta, para la vigilancia, con los «homáguilas» y los «leotibs»...

Barrett puso cara de extrañeza. Smith lo vio y se echó a reír.

—Los «homáguilas» son seres humanos, con alas, que pueden volar como el más rápido de los pájaros, y saben pelear como pocos. Los «leotibs», son leones mutados en parte y en parte adaptados quirúrgicamente. Tienen cuerpo de león y cabeza de tiburón. S'Kurr tiene esta clase de caprichos, pero debes saber que tanto los «homáguilas» como los «leotibs» sólo obedecen sus órdenes. Creo que debe de tener una guardia formada por ciento cincuenta de los primeros y cincuenta de los segundos. Ah, y no se te ocurra tomar estimulantes para atravesar el lago a nado. Podrías hacerlo perfectamente, si no fuese por los gusanos-pirañas.

—¿Cómo? —exclamó Barrett, que a veces creía estar soñando todavía.

—Tienen una longitud de seis o siete centímetros, un grosor máximo de tres milímetros y abundan por cientos de millones. Te dejarían en los huesos antes de cinco minutos. Además, saltan en chorros fuera del agua, si la ocasión se presenta propicia...

—Basta, no siga —se estremeció Barrett—. En resumen, llegar hasta Vynella es imposible.

—Tendrás que hacerlo, J. J. O, si lo prefieres, te llamaré Pinky. Era el apodo que te puso tu madre de pequeño; ¡eras tan sonrosadito!

Barrett sonrió de mala gana.

—Supongo que todo lo que ha dicho no es sino una exposición abreviada de lo que debo hacer y que aún me dará más detalles —dijo.

—Sí, claro, pero hay tiempo, aunque no mucho. Ah, a propósito; si necesitas algo, en Alliwan, la capital, tenemos un agente. Ya te indicaré su nombre y la contraseña, que será distinta de la que debe reconocer Vynella.

—Entendido. Oiga, Fred, ¿y cuándo van a empezar con el bisturí para cambiarme la cara?

Smith sonrió de un modo especial. Barrett se sintió muy aprensivo.

De pronto, notó que le entraba un sueño invencible. Antes de dormirse, tuvo tiempo todavía de escuchar la voz un tanto sarcástica de su interlocutor:

—La anestesia ya surte efecto.

CAPITULO II

Se acercó al espejo -y permaneció unos minutos, contemplándose atentamente. Ya no era J. J. Barrett, sino Rickman Thorne, empleado y turista de seis semanas de vacaciones. Seguía pareciéndose bastante, pero su cara había cambiado lo suficiente para engañar a cualquiera. Alguno podría decirle: «Tú eres Barrett» o «te pareces bastante a Barrett». Pero él contestaría de inmediato: «Es sólo una coincidencia» o «Me parezco un poco, pero, por favor; no me ofenda, yo no soy un asesino». Sí, podría salir adelante sin dificultad.

Smith le había instruido debidamente en el período de convalecencia. Ahora ya sabía todo lo que necesitaba, excepto la contraseña por lo cual le reconocería Vynella como el legítimo enviado de la Tierra. También sabía quién era el agente con el que podía contactar en Alliwan y conocía asimismo la contraseña de reconocimiento. Todo estaba dispuesto para iniciar la misión, que no admitía más que dos últimas alternativas: el éxito o la muerte.

A decir verdad, pensó, valía la pena. «Puede que viva poco, pero será intensamente», se dijo. Y de pronto, recordó que tenía que preguntarle algo a Smith.

El videófono zumbó de pronto. Barrett abandonó el cuarto de baño y sólo entonces se dio cuenta de que no estaba en el sitio donde se había dormido la víspera.

Tardó algunos segundos en encontrar el aparato. Dio el contacto y el rostro de Smith apareció en la pantalla.

—Hola —sonrió el doctor—. ¿Sorprendido?

—Oiga, éste no es el sitio donde yo estaba...

—Te trasladamos a la casita de campo que Thorne «posee» para sus ratos de esparcimiento. De ahí saldrás para el aeropuerto. Si miras bien, encontrarás todo lo que necesitas: ropas, documentos, cámaras

fotográficas... y dineros.

—De eso quería yo hablarle. Puedo necesitar, digamos, sobornar a alguien...

—Estás provisto más que generosamente. Por alguna parte, encontrarás un cinturón monedero, con diez billetes de diez mil unidades de moneda intergaláctica. No uses ese dinero, a menos que sea absolutamente necesario. En la billetera, encontrarás cinco mil en varias clases de billetes.

—Muy bien. ¿Eso es todo?

—También te hemos dejado el pasaje. Tu nave es la «Rho-da Stevenson» y zarpa a las doce en punto del aeropuerto. Debes estar allí una hora antes para los trámites indispensables. Recuerda que hay funcionarios oficiales de Hegghaddon, que inspeccionan a los pasajeros que viajan a aquel planeta. Él tratado actual así lo autoriza. Muéstrate discreto y cortés. No intentes siquiera dar un centésimo de propina.

—Entendido.

—Y... — Smith suspiró largamente—. En fin, eres nuestra última carta. Si tú fallas...

—Procuraré volver con el tratado.

—Suerte, Pinky.

La imagen del doctor se desvaneció. Barrett apagó la pantalla.

Hegghaddon, Alliwan, la fortaleza de Sanhwoj, los «homáguilas», los «leotibs», los gusanos-pirañas...

—¿Qué más podría desear un hombre joven, robusto, con una salud de hierro y en la flor de la vida? —se dijo sarcásticamente.

* * *

Delante de él, en la cola de pasajeros que tenían que ser inspeccionados por el control hegghaddonita, había una hermosa joven, de elevada estatura, cuerpo muy bien formado y rostro gracioso y simpático. El pelo estaba peinado con una melena corta, que le confería un aspecto aún más atractivo. A Barrett le gustó casi de inmediato.

Los funcionarios de Heggaddon inspeccionaron sin dificultad la documentación de la muchacha. Barrett oyó su nombre: Bithys Frangor.

—¿De Hegghaddon, señorita? —preguntó uno de los funcionarios.

—Sí. He pasado una temporada de vacaciones en la Tierra. Ahora vuelvo a casita —contestó ella.

El empleado le devolvió su pasaporte.

—Feliz regreso, señorita Frangor. ¡El siguiente, por favor!

El siguiente era Barrett. No hubo dificultad alguna en atravesar el control.

—Le deseo una grata estancia en nuestro planeta, señor Thorne —dijo el oficial—. No hay tantas cosas interesantes como en la Tierra, pero sí encontrará otras que le agradarán muchísimo.

—Eso espero, amigo —sonrió el joven.

—Buen viaje, señor.

—Muchísimas gracias.

Diez minutos más tarde, Barrett iniciaba el camino a lo largo de uno de los corredores de la inmensa nave, buscando el camarote que le habían asignado. Le pareció mentira. Apenas tres semanas antes, había entrado en la cámara de ejecuciones. Ahora, no sólo estaba vivo, sino que se disponía a emprender un viaje por el espacio.

«Pero no es un viaje de recreo», pensó.

Instantes después, encontró su camarote. Casi en el acto, llegó la chica que había visto en la cola y miró la puerta contigua.

—Ah, éste es mi camarote —exclamó sonriendo.

—Parece que vamos a hacer el viaje juntos, señorita Frangor —dijo Barrett.

Ella se volvió. Barrett vio unos ojos azules preciosos, los más bonitos que había visto en su vida.

—Sabe mi nombre —dijo ella.

—Usted iba delante de mí en la cola de pasaportes.

—Comprendo.

—Me llamo Rickman Thorne. Encantado de conocerla, señorita Frangor. Voy a su planeta de vacaciones y, durante el viaje, confío en que me cuente algo sobre su mundo.

—Será un placer, señor Thorne —replicó Bithys, sonriendo atractivamente.

Un hombre pasó en aquel momento junto a la pareja. Era un sujeto bastante alto, delgado y de rostro pétreo. Saludó breve y silenciosamente y se metió en un camarote relativamente próximo.

Bithys suspiró.

—Ya empiezan las dificultades, Pinky —murmuró.

Barrett parpadeó.

—¿Cómo ha dicho, señorita Frangor?

Los altavoces de la nave tronaron en aquel momento:

—¡Atención todos los pasajeros! ¡Sírvanse tenderse en sus literas antiaceleración! ¡El despegue se efectuará dentro de diez minutos exactamente!

—Hablaremos más tarde —dijo ella—. Ahora, haga lo que ha indicado el capitán de la astronave.

Bithys desapareció en su camarote. Durante un segundo, Barrett sintió la tentación de echar a correr y abandonarlo todo.

Tanto secreto... y aún no había dejado la Tierra y ya había alguien que estaba enterado de su misión.

Volvió la vista hacia el extremo del corredor. No, no tendría tiempo de salir de la nave.

El despegue se produciría antes y moriría aplastado a causa de la aceleración, convertido en un montón de pulpa sanguinolenta. «Bueno, me queda el recurso de olvidarme de todo en Hegghaddon», se dijo, a la vez que abría la puerta del camarote.

* * *

Dos horas más tarde, los altavoces anunciaron a los pasajeros que ya podían moverse libremente. Barrett contuvo la tentación de buscar inmediatamente a la muchacha.

¿Por qué había pronunciado aquella frase? ¿Tenía algo que ver con el sujeto que había pasado junto a los dos?

Arregló un poco su equipaje. El viaje duraría un par de semanas. Era preciso sentirse lo más cómodo posible.

Luego fue a la cubierta de paseo, una vasta cúpula transparente, desde la cual se divisaba un panorama de indescriptible belleza.

Había muchos pasajeros allí. Ya no se notaban los efectos de la aceleración; los mecanismos correctores habían entrado en

funcionamiento y, a pesar de que la nave continuaba ganando velocidad, los movimientos corporales resultaban tan fáciles como en el suelo.

La Luna pasó a menos de mil kilómetros de distancia. Era un espectáculo ofrecido gratuitamente por todos los capitanes de astronave. A pesar de que era una cosa habitual, la gente seguía impresionándose al verse tan cerca del satélite de la Tierra.

Pero la visión duró contados minutos. Acelerando sin cesar, la astronave se lanzó hacia los confines del sistema solar. Cuando hubiese atravesado la órbita de Plutón, efectuaría la transición hiperespacial, lo que le permitiría recorrer distancias inconmensurables en un espacio brevísimo de tiempo. En un par de saltos, se hallarían en la vecindad del sistema planetario al cual pertenecía Hegghaddon.

Al cabo de un buen rato, sintió apetito. Los altavoces anunciaron que el «buffet» estaba ya dispuesto. Abandonó la cúpula de observación y se encaminó al comedor. De Bithys no había el menor rastro.

Cuando terminaba, vio al individuo del que sospechaba la joven. El hombre fue a las mesas donde estaban los distintos manjares, se sirvió un par de platos y luego buscó un lugar donde comer tranquilamente.

Barrett terminó tranquilamente y regresó a su camarote. Miró a derecha e izquierda; no había nadie a la vista en aquellos momentos. Entonces, se decidió a abrir la puerta del camarote de Bithys, aun a riesgo de incurrir en el enojo de la muchacha.

El camarote parecía desierto. Sin embargo, oyó ruido de grifos abiertos. Quizá estaba bañándose. Se acercó a la puerta del lavabo y tocó con los nudillos.

—¡Señorita Frangor!

Ella seguía sin contestar. Golpeó con más fuerza, pero el resultado fue idéntico. Entonces, se decidió a abrir.

Bithys estaba en la bañera, de cuyos grifos manaba el agua incesantemente.

—Oh, dispense...

Barrett se dispuso a salir, pero entonces se dio cuenta de que sucedía algo extraño.

La joven, desnuda, estaba tendida en la bañera cuan larga era. El agua subía incesantemente y ya llegaba al nivel de su nariz. Bithys tenía los ojos cerrados y parecía completamente ajena a cuanto sucedía a su alrededor.

Barrett saltó hacia adelante, cerró los grifos y abrió el desagüe. El nivel del líquido empezó a descender instantáneamente.

Ella seguía dormida. Barrett puso una mano en su pecho.

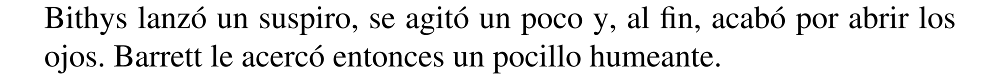
—Bueno, al menos, respira.

Buscó una toalla, la envolvió en ella y, levantándola en brazos, la condujo hasta la cama. Tanteó suavemente su nuca. Sí, allí se notaba la hinchazón de un golpe. Ya no cabía duda: Bithys había resbalado, en la bañera, golpeándose al caer. La pérdida de conocimiento hubiera supuesto su muerte irremisible, de no haber llegado él oportunamente.

Abrigó bien a la muchacha y fue al teléfono interior.

—Camarote doscientos dos —dijo—. Por favor, envíen café caliente y una botella de coñac.

—Está bien, señor —contestó alguien, desde las profundidades del navío estelar.



CAPITULO III

Bithys lanzó un suspiro, se agitó un poco y, al fin, acabó por abrir los ojos. Barrett le acercó entonces un pocillo humeante.

—Beba —dijo.

Ella obedeció, todavía no muy consciente de lo que hacía. Al cabo de unos momentos, pareció sentirse mejor.

—¿Qué hace aquí? —preguntó.

Barrett sonrió.

—Apostaría algo a que siente un espantoso dolor de cabeza —dijo.

Ella se quejó.

—Sí... Ahí, en mi «neceser» tengo analgésicos... Por favor, Pinky.

Barrett buscó la medicina y le entregó una cápsula, que ella ingirió con la ayuda del café, en el que había una buena dosis de coñac. Bithys cerró los ojos y respiró profundamente.

Luego miró al joven.

—Se me pasará pronto —dijo—. Pero, ¿por qué estoy en mi cama y desnuda? ¿Me ha traído usted aquí?

—La encontré en la bañera, completamente sin sentido, y el agua llegaba ya a su nariz —explicó el joven—. Cinco minutos más tarde, ya no hubiera/tenido salvación. Debe ser más cuidadosa al meterse en la bañera; sin duda, resbaló y...

Bithys le miró sorprendida.

—Pinky, yo no resbalé. Ni siquiera me había preparado el baño —contestó.

—¿Cómo? —se asombró él a su vez.

—Yo me disponía a ir al comedor. Salí del camarote y alguien me golpeó en aquel instante. Eso es todo lo que sé; no recuerdo nada, hasta que abrí los ojos y le vi a usted.

—Entonces, ha sido un intento de asesinato.

Los colores volvían lentamente a la cara de la joven.

—Exactamente —corroboró—′. Han querido asesinarme.

—¿Quién? ¿El hombre del camarote vecino?

—No puede ser otro. Es un agente de S'Kurr. Lo conozco bien; no pensaba encontrármelo en la Tierra. Pero, por lo visto, S'Kurr no descuida detalle y envió aquí a uno de sus mejores sabuesos. El nombre es Syddus Hrane y, cuando no anda espiando o asesinando a la gente, actúa como capitán de la guardia personal del primer ministro.

—Menudo angelito —calificó Barrett. Miró a la muchacha fijamente —. Bithys, ¿quién te dijo que yo...?

—Vuestro Presidente —respondió ella.

—¡Pero a mí no me comunicaron nada!

—No hubieras sabido nada, si Hrane no hubiese aparecido en esta nave. Se había detectado su presencia, pero se creía que seguiría más tiempo en la Tierra. Por eso se prefirió ocultarte ese dato. Si él no se hubiese movido de su planeta, no habría tenido sentido mencionarte su nombre.

Barrett hizo una mueca.

—Empiezo a sospechar que, más que una misión secreta, voy en viaje de propaganda de una marca de hojas de afeitar o una nueva bebida sin alcohol —dijo malhumoradamente—. Pero, claro, no tengo derecho a protestar; sólo soy un indultado de la pena de muerte, un asesino

perdonado...

—Oh, Pinky, no te lo tomes así —rogó la muchacha—. Te eligieron para esa misión, porque eres la última esperanza de Hegghaddon. Y de la Tierra también, claro.

—No me digas que voy a ser el salvador de dos planetas —exclamó Barrett burlonamente—. Me niego a admitir que el destino de miles de millones de personas esté en mis manos.

—Pues así es, aunque lo dudes. Y mi tarea consiste en conseguir que llegues sano y salvo al lugar donde está Vynella.

Barrett miró recelosamente a la muchacha.

—¿Quién eres tú? —preguntó—. ¿Tienes alguna relación con Vynella?

—Sí, el mismo padre, pero distinta madre. Y mi origen no es precisamente lo que se dice regular. Hablando claro, soy una bastarda.

—Lo siento.

Bithys sonrió.

—No te preocupes, son cosas que suceden. Naturalmente, es un dato que conocen muy pocos, aunque S'Kurr, lógicamente, sí lo sabe. Pero hasta ahora, me ha respetado. Mi origen no permite que yo pueda ocupar algún día el puesto de Vynella, si ésta falleciese. Además, a S'Kurr le conviene mantenerla viva, aunque sometida a su voluntad.

—Por lo cual, evita que Vynella firme el tratado.

—Así es. Pero ya hablaremos de esto más extensamente en otro momento. Todavía me siento aturdida...

Barrett estaba sentado en el borde de la cama y se puso en pie.

—¿Quieres que llame al médico de a bordo? Podemos decirle que

resbalaste en la bañera; él no tiene que saber...

Bithys hizo un gesto negativo.

—No, gracias —rechazó el ofrecimiento—. Dentro de poco me sentiré mucho mejor. Pero ten cuidado con Hrane. ¡Es muy peligroso!

—Gracias por el consejo —sonrió Barrett.

Y salió del camarote.

* * *

La primera transición hiperespacial se hizo sin problemas. Salieron al espacio normal y la nave continuó volando durante algunos días en estas condiciones. A bordo, la vida se desarrollaba con completa normalidad.

Barrett y la muchacha vigilaban activa pero discretamente a Hrane, cuyo comportamiento resultaba absolutamente normal. Barrett se sentía muy intrigado, porque sabía se hallaba en el centro de una conspiración de altos vuelos, de la que conocía muy pocos detalles, pese a lo que Smith le había explicado, sin contar con lo que Bithys le había dicho. Pero la muchacha no había agregado ya mucho más, y se mantenía circunspecta y reservada en los asuntos tocantes a la alta política de su planeta, en relación con la Tierra.

Barrett no quiso insistir. Ya se enteraría... y si no llegaba a saberlo algún día, tampoco perdería el sueño. Estaba vivo y era todo lo que le importaba.

Una semana después de su partida, cuando se hallaban a mitad de camino, aproximadamente, se reunió con Bithys en la cúpula de observación. Había numerosos sillones y ocuparon dos de ellos, frente a un gigantesco ventanal, que permitía una esplendorosa vista del firmamento.

—Bithys, háblame —dijo él—. ¿Es tan arriesgado llegar a la fortaleza

de Sanhwoj?

Ella asintió.

—Sí. Hay muy severos controles en las inmediaciones de los accesos al lago. Después, suponiendo que pueda atravesarlo sin permiso, tendrás que subir por un sendero que se supone minado hasta extremos increíbles. Normalmente, nadie lo usa; cuando alguien quiere salir de la fortaleza, o viaja en aeromóvil o, si emplea una barca, lo bajan en volandas un par de «homáguilas».

»Bien —continuó Bithys—, pero el islote es relativamente grande y su misma topografía, sumamente escarpada, impide que haya podido ser totalmente minado. Puedes trepar por los acantilados, pero hay «homáguilas» constantemente en vuelo, día y noche, y son terriblemente resistentes. Pueden mantenerse volando hasta doce horas seguidas, antes de dar la menor señal de fatiga.

—Divertidísimo —comentó él—. ¿Qué más?

—Si has puesto pie en el islote, tendrás que sortear también a los «leotibs». Son horriblemente feroces y sus relaciones con los «homáguilas», pese a lo que pueda parecer, no tienen nada de amistosas. Yo les vi en una ocasión destrozar a un «homáguila» en menos que se tarda en decirlo. Tienen una desventaja; si bien poseen una vista agudísima y se mueven con la rapidez del relámpago, en cambio carecen de olfato.

—Con lo cual un mastín terrestre resulta mejor como vigilante.

—Compensan la falta de olfato con la vista y el oído, también finísimo. No les hace falta el olfato para nada.

—¡Qué excursión tan amena! —comentó Barrett sarcásticamente—. Háblame ahora de los pececillos carnívoros que pululan por el lago —solicitó.

—Ah, los gusanos-piraña. Bueno, son terriblemente voraces y, gracias

a su diminuto tamaño, no sólo muerden en el exterior del cuerpo de la víctima, sino que penetran a millares en el interior, a través de los orificios naturales o bien de los túneles que ellos mismos abren en la carne. Además, cuando encuentran una presa, se apoyan unos en otros y forman una especie de columna, tan gruesa como el brazo, que asciende por el aire con velocidad espantosa hasta llegar al cuerpo de la presa.

—Es decir, no hace falta estar dentro del agua para que te ataquen.

—Bien, eso es así hasta cierto punto. Tú puedes viajar en una barca por el lago y no ocurrirá nada si no tropiezas con un banco de esos peces y los irritas. Y, aun así, puedes seguir adelante, a menos que se te ocurra meter tan sólo la punta de un dedo en el agua. Entonces ya no tienes salvación.

—¡Qué país tan encantador! —exclamó Barrett sarcástica-mente—. Y supongo que tu hermana estará allí la mar de divertida.

—Su vida no tiene nada de agradable —contestó Bithys, muy seria—. Aparentemente, goza de libertad, pero la vigilan noche y día.

—En resumen, es una fortaleza inexpugnable.

—Cuatro terrestres podrían decir algo sobre el particular, si estuviesen vivos —respondió ella.

Barrett asintió.

—Y yo tengo que entrar allí, probar que soy el mensajero... y salir con el tratado en mis manos.

—Lo conseguirás —vaticinó Bithys—. Tienes que conseguirlo o se producirá un conflicto de incalculables consecuencias.

—¡Chica, no me pongas los pelos de punta! —se alarmó el joven—. ¿Una guerra interplanetaria?

Bithys no pudo contestar.

—¡Atención todos los pasajeros! —bramaron los altavoces de la nave —. ¡Se va a realizar un ejercicio de salvamento! ¡Diríjanse todos a los lugares que ya tienen asignados! ¡El ejercicio comenzará dentro de diez minutos!

Barrett se puso en pie y agarró la mano de la chica. Como los demás viajeros, había sido instruido en lo que debía hacer en un caso semejante. Había severas penas para los infractores, que podían, incluso, costarles unos cuantos meses de encierro, amén de una fuerte multa, y no tenía ganas de significarse por nada que pudiera llamar la atención en una situación semejante.

Los dos conocían ya el sitio que les había sido asignado y corrieron hacia la compuerta que permitía el acceso a su bote de salvamento. Sabían la forma de hacerla funcionar y pasaron al otro lado.

Los mecanismos actuaron automáticamente, una vez traspasada la compuerta. Bithys y el joven ocuparon sus asientos en el interior del bote salvavidas y se sujetaron con los arneses de seguridad. De repente, Barrett notó algo extraño.

—¡Bithys! ¿Por qué estamos solos?

Ella se volvió a derecha e izquierda. En aquel bote había espacio para una veintena de pasajeros. Pero ellos dos eran los únicos ocupantes.

Antes de que tuvieran tiempo de hacer el menor comentario sobre el particular, percibieron una fuerte explosión, seguida de una tremenda sacudida, que les hizo creer se les rompían todos los huesos. Unos segundos más tarde, Bithys lanzó un agudo chillido:

—¡Pinky! ¡Nos han lanzado al espacio!

CAPITULO IV

Aturdido, mareado por la inesperada aceleración, Barren trató de mirar hacia arriba. Por encima de sus cabezas, la gigantesca astronave disminuía rápidamente de tamaño. La velocidad de alejamiento era enorme. En menos de treinta segundos, perdieron por completo de vista al navío espacial.

El bote podía gobernarse como una nave interplanetaria. Bithys se rehízo y trató de actuar en los controles. Al cabo de unos momentos, se volvió hacia el joven.

El rostro de Bithys expresaba la desesperación más absoluta.

—Los mandos no funcionan —dijo—. El bote no obedece a los controles.

Barrett frunció el ceño.

—¿Crees que es obra de Hrane?

—¿De quién, si no?

—Entonces, el ejercicio de salvamento, fue un truco...

—Quizá no, pero sí preparó este bote para nosotros. Fíjate, no entraron más pasajeros...

—Lo cual significa que los viajeros que tenían asignados este bote fueron instruidos de que debían meterse en otro.

Seguramente. Yo no he tenido contacto con los demás viajeros de nuestra cubierta, y a ti te ha pasado lo mismo, creo.

—En efecto, así es.

Barrett se inclinó hacia adelante.

—Bueno, al menos, no estamos muertos —añadió—. Todavía podemos salvarnos... En estas naves, hay siempre pro26visiones, equipos de supervivencia, armas, transmisores de radio para llamadas de socorro...

Bithys se soltó los atalajes de seguridad y se puso en pie.

—Voy a inspeccionar la bodega, de carga —manifestó.

Barrett quedó en el mismo sitio, tratando de hacer funcionar los controles, sin conseguirlo en absoluto. Al cabo de unos minutos, Bithys regresó y se sentó a su lado, completamente desmadejada.

—¿Qué sucede? —preguntó él.

—No hay nada a bordo —respondió la muchacha—. Ni siquiera la cantidad de agua suficiente para hacer dos tazas de café.

—Hrane lo tenía bien preparado, ¿eh?

—Ha dispuesto de tiempo suficiente y, seguramente, también tenía cómplices a bordo. Posiblemente, el mismo capitán sea uno de los hombres de S'Kurr; de otro modo, no habría podido Hrane hacer una cosa semejante.

—Nos hemos dejado atrapar como incautos pajarillos —gruñó Barrett —. Pero no por eso vamos a echarnos a llorar. Debemos hacer algo...

—¿Qué, Pinky? —dijo Bithys, muy desanimada—. Sin víveres, sin agua...

—Al menos, estamos vivos y tenemos aire. —Barrett señaló los manómetros—. La presión es correcta y hay reservas suficientes para una semana. Teniendo en cuenta que esas reservas estaban destinadas a veinte personas y sólo somos dos, resulta que hay aire suficiente para diez semanas.

—Pinky, dime, ¿vive tú del aire?

—No seas sarcástica —rezongó el joven, a la vez que tendía la mano hacia el disco plateado que se divisaba en el cielo completamente negro—. Vamos hacia aquel planeta y, a juzgar por el color, es perfectamente habitable.

Ella guardó silencio unos instantes antes de volver a hablar:

—¿Se te ha ocurrido la forma de frenar el vuelo de este bote? ¿Sabes lo que sucederá cuando entremos en la atmósfera a una velocidad de miles de kilómetros y sin que funcionen los retro propulsores de freno?

Barrett tragó saliva.

—Ese maldito Hrane ha pensado en todo —masculló.

Inesperadamente, sonó una burlona carcajada en el interior de la cámara.

—Tiene usted razón, señor Barrett. He pensado en todo y me siento muy satisfecho sólo de pensar en la rica tortilla al ron que se harán ustedes cuando ese bote entre en la atmósfera de Rinagor-4. Así se llama el planeta hacia el cual se dirigen, por si no lo sabían.

—¡Hrane! —exclamó Bithys.

—El mismo, en efecto —respondió la voz, que sonaba desde la astronave—. Ustedes tienen una misión que cumplir y otra, y ambas tienen objetivos diametralmente distintos. Es como un juego y yo lo he ganado.

—Capitán, de momento, lo mejor será decir que nos ha dado jaque. Pero aún no nos ha colocado en una situación irreversible —dijo Barrett.

—¿De veras? Lo siento, pero no tienen salvación. Y ya ha terminado la conversación. ¡Buen viaje... adonde sea!

Sonó un chasquido. Barrett y la muchacha cambiaron una mirada.

—Estuvo oyéndonos todo el rato —dijo ella.

Barrett alargó la mano y cerró un contacto.

—No nos dimos cuenta de que teníamos la radio abierta —dijo—. Pero todavía no estamos perdidos. Aún tenemos muchas posibilidades de salvarnos.

Se puso en pie y examinó el respaldo y la parte inferior de su asiento. Al cabo de unos momentos, se incorporó, sonriendo satisfecho.

—Es evidente que Hrane tuvo que omitir algunos detalles, porque no toda la tripulación estaba de su lado y habría resultado demasiado sospechoso. Bithys, con moderado optimismo puedo asegurarte que estamos salvados.

—¿Hablas en serio? —preguntó ella ansiosamente.

—Sospecho que Hrane contó con que perderíamos la cabeza y no sabríamos reaccionar a tiempo—. Barrett dirigió la vista hacia el disco plateado que era Rinagor-4 y que ya Había duplicado su diámetro aparente—. De todos modos, no tenemos mucho tiempo que perder.

—Pinky, ¿cuál es la solución?

Barrett miró al techo de la nave. Luego se volvió hacia el cuadro de mandos y comprobó algunos controles.

—Funciona todo, excepto los mandos de aceleración y freno. Es decir, el bote se dirige como un proyectil hacia el planeta, y no podemos detenerlo por ese procedimiento. Pero hay otras formas de conseguirlo.

Barrett lanzó una nueva mirada hacia el planeta. Luego se puso a trabajar activamente.

Media hora más tarde, declaró que todo estaba listo. La distancia a Rinagor-4 había disminuido enormemente.

—Calculo que entraremos en la atmósfera antes de cinco minutos.

Bithys, prepárate; ya no podemos demorar la operación por más tiempo.

Ella, muy pálida, asintió. Barrett se sentó en su sillón y se ató con las correas de seguridad. Luego volvió la vista hacia su derecha.

—La cosa puede fallar, claro, pero es nuestra única solución —dijo—. ¿Estás lista, Bithys?

—Sí —contestó ella.

—Entonces, ¡ahora tú!

Bithys movió una palanca situada a la derecha de su sillón. Inmediatamente, la mayor parte del techo de la cabina voló al espacio.

En el mismo instante, algo brotó debajo del asiento, formando una esfera transparente, en cuyo interior quedó la muchacha. Al mismo tiempo, un pequeño cartucho disparó la esfera a través del hueco.

Barrett siguió a la joven cinco segundos, las siguientes burbujas fueron saliendo al espacio, pero quedaban sujetas a las bases de los asientos por las ligaduras que Barrett había preparado con cables arrancados de sus emplazamientos.

Cada burbuja de salvamento, para casos individuales, disponía de un basamento que contenía aire suficiente para varias horas y un conjunto de chorros direccionales, tanto para pequeños cambios de rumbo, como para deceleración en caso de una caída demasiado rápida. Desde el interior de su esfera, Bithys pudo contemplar el insólito espectáculo que ofrecían las restantes, sujetas al casco del inútil bote de salvamento.

Momentos más tarde, notaron los efectos de la entrada en la atmósfera de Binagor-4. Entonces, Barrett disparó una señal de radio y treinta y ocho mecanismos de freno se dispararon a un tiempo.

* * *

A pesar de todo, el bote se estrelló contra el suelo con demasiada violencia y se partió en varios trozos. Barrett y la muchacha llegaron sin novedad.

Inmediatamente, salieron de sus burbujas y se cogieron de las manos.

—Al menos, estamos vivos —sonrió ella.

—Que no es poco —dijo Barrett.

Habían tomado tierra a unos mil metros del destrozado bote de salvamento. Barrett echó a andar hacia allí.

—Encontraremos algo que nos resulte útil —manifestó—. El planeta es perfectamente habitable, pero no sabemos con qué clase de bichos podemos encontrarnos. Lo primero que debemos hacer es fabricarnos armas defensivas... y también para capturar presas que nos sirvan de alimento.

—No te desanimas fácilmente, ¿eh?

—¿Serviría de algo?

—No, supongo que no.

—Lo único que sucede es que no podré conseguir el tratado y, a fin de cuentas, es lo que le interesa a S'Kurr.

—Muy bien —dijo Bithys—. De todos modos, no nos alejaremos demasiado de este lugar.

—No pensaba hacerlo, pero ¿por qué lo dices?

Bithys sonrió.

—Es obvio que Hrane no pudo «desertizar» por completo el bote de salvamento. Quizá se opuso a ello el capitán de la «Rhoda Stevenson» o tal vez tuvieron que hacerlo los dos solos a escondidas de la tripulación. Pero si dejaron intactas las burbujas, también dejaron

intactas las radios de emergencia. Y cada burbuja dispone de un transmisor, que se pone en funcionamiento automáticamente apenas toca el suelo.

Barrett frunció el ceño.

—Es cierto —dijo—. No había caído en la cuenta... ¡Pero Hrane sabrá que alguien capta las señales! —exclamó, alarmado.

—No lo creo. Faltaba ya muy poco para que se iniciase la segunda traslación hiperespacial. Han pasado casi seis horas y la astronave está ya en el hiperespacio, en donde no pueden recibir las señales corriente de radio.

—Entonces, sólo nos queda esperar a que alguien capte esas llamadas...

—Cuarenta llamadas de emergencia y todas al mismo tiempo. —Bithys señaló las esferas deshinchadas que casi cubrían por completo los destrozados restos de la nave—. Los transmisores están situados en una caja resistente a los grandes impactos y no creo que se hayan estropeado. Por tanto, tenemos razonables probabilidades de ser rescatados.

—Sólo falta una cosa —dijo él.

-¿Sí, Pinky?

—La nave que nos rescate..., ¿querrá transportarnos a Hegghaddon?

Bithys suspiró.

—Ese es un problema que habremos de resolver en el momento oportuno —contestó.

* * *

La luz de la hoguera iluminaba en rojo los rostros de los dos náufragos del espacio. Ensartado por el asador que Barrett había improvisado con

una rama verde, el animal parecido a un conejo que había conseguido capturar mediante un lazo hecho con fibras vegetales, se doraba satisfactoriamente.

Era la primera comida caliente que iban a hacer en una semana. Hasta entonces, se había alimentado de frutos exclusivamente. Tanto Barrett como la muchacha contemplaban el animal con ojos de verdadera ansia, relamiéndose maquinal-mente en ocasiones.

—Aún le faltan unos minutos —dijo él—. Tendremos paciencia, para que nos sepa mejor. De todas formas, no estamos tan hambrientos como para comer la carne medio cruda.

Bithys asintió.

—Eres un hombre de recursos, Pinky —sonrió—. ¿Te entrenaste para supervivencia en tu planeta? —No. Tenía una granja, simplemente. —Ah, granjero...

—Estudié. Me doctoré en ingeniería espacial, pero de pronto vi que no era una vida que me gustase demasiado. Trabajé duro dos años, ahorré dinero y compré la granja.

—¿Qué pasó después?

—Bien..., sencillamente, tuve un año malo y me vi obligado a hipotecarla. Pero el que me prestó el dinero quería la granja y me hizo trampas en los documentos, falseando las fechas, para que el vencimiento se produjera seis meses antes de lo acordado. Fui a verle, discutimos...

—¿Y sólo por eso le mataste?

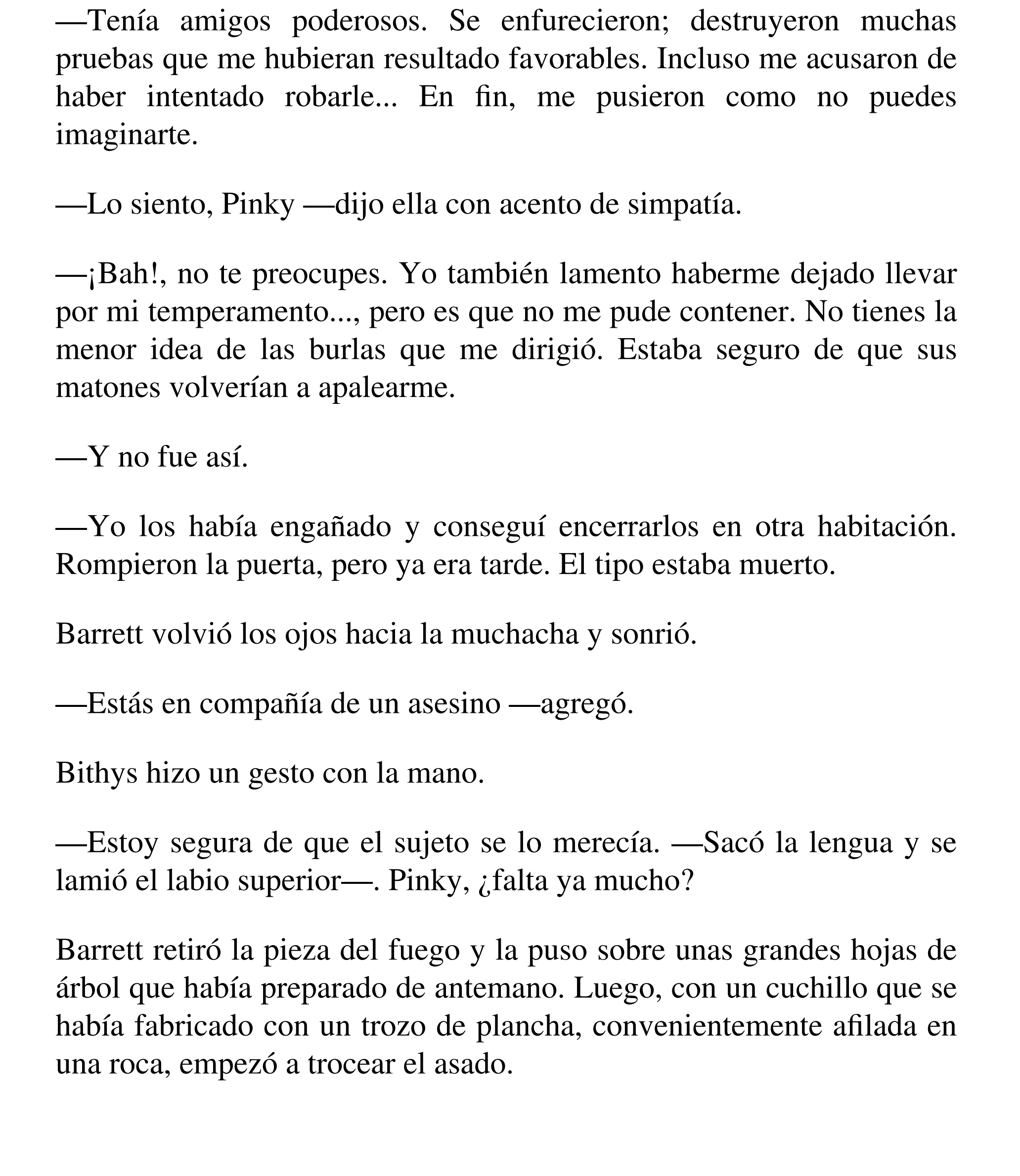
—Era un tipo repugnante. Ya sé que ésa no es razón para quitar la vida a una persona; si lo hiciéramos con todos los de su clase, la Tierra se quedaría medio vacía. Pero llamó a sus matones, que los tenía, y me dieron una tremenda paliza. Estuve dos meses en un hospital. Cuando salí, me encontré en la ruina. Fui a verle, se burló de mí, le di un

puñetazo y murió.

—Tuvo que ser un golpe muy fuerte.

—No demasiado, pero cayó de espaldas y se desnucó.

—Y por eso te condenaron a muerte.



—Tenía amigos poderosos. Se enfurecieron; destruyeron muchas pruebas que me hubieran resultado favorables. Incluso me acusaron de haber intentado robarle... En fin, me pusieron como no puedes imaginarte.

—Lo siento, Pinky —dijo ella con acento de simpatía.

—¡Bah!, no te preocupes. Yo también lamento haberme dejado llevar por mi temperamento..., pero es que no me pude contener. No tienes la menor idea de las burlas que me dirigió. Estaba seguro de que sus matones volverían a apalearme.

—Y no fue así.

—Yo los había engañado y conseguí encerrarlos en otra habitación. Rompieron la puerta, pero ya era tarde. El tipo estaba muerto.

Barrett volvió los ojos hacia la muchacha y sonrió.

—Estás en compañía de un asesino —agregó.

Bithys hizo un gesto con la mano.

—Estoy segura de que el sujeto se lo merecía. —Sacó la lengua y se lamió el labio superior—. Pinky, ¿falta ya mucho?

Barrett retiró la pieza del fuego y la puso sobre unas grandes hojas de árbol que había preparado de antemano. Luego, con un cuchillo que se había fabricado con un trozo de plancha, convenientemente afilada en una roca, empezó a trocear el asado.

Media hora más tarde, Bithys lanzó un suspiro de satisfacción y se acarició el estómago.

—Pinky, cuando salgamos de aquí, te contrataré como cocinero —dijo alegremente.

—Sí, pero ¿cuándo saldremos?

Ella se puso seria. Casi antes de que tuviese tiempo de cambiar de expresión, sonó una voz en las tinieblas:

—¡En, ustedes, los náufragos!

Barrett y la muchacha se levantaron instantáneamente, a la vez que dirigían sus miradas hacia la oscuridad. A los pocos segundos, vieron destacarse varias figuras que se acercaban al lugar iluminado por la hoguera.

—Hola —dijo uno de los recién llegados—. Soy el capitán Rupphus, comandante de la «Berta K.». Les presento a mi segundo, Bill Nitti.

—¿Cómo están? —saludó el joven—. Soy Rickman Thorne. Ella es Bithys Frangor. Estamos perdidos aquí y agradecemos que hayan venido a rescatarnos.

Rupphus sonrió. Era un sujeto alto, voluminoso, con vientre prominente y barba frondosa, de color rojizo. Nitti era delgado, menudo y de ojos que nunca miraban rectamente.

Había cuatro hombres más, detrás de los mencionados. A Barrett le desagradó inmediatamente el aspecto de aquellos individuos. Todos ellos iban armados con pistolas «láser». Parecían piratas más bien que tripulantes de una nave espacial.

Rupphus se llevó un dedo a la sien.

—Encantado de conocerles —dijo—. ¿Qué les pasó? Captamos las llamadas de socorro...

—Nuestra nave sufrió una avería y tuvimos que abandonarla. El bote de salvamento tenía los controles en malas condiciones y se destrozó en el aterrizaje. Por fortuna, pudimos salvar las burbujas, con cuyos transmisores de urgencia pudimos lanzar las llamadas de auxilio que ustedes captaron.

Era una explicación no enteramente verídica, pero Barrett no sentía deseos de hablar con más claridad.

—Tuvieron mala suerte —convino Rupphus—. Bill, echa un vistazo, ¿quieres?

—Sí, capitán —respondió el segundo.

—Nos sacarán de aquí, supongo —intervino Bithys por primera vez.

Rupphus se acarició la barba.

—Veremos —repuso evasivamente.

Barrett empezó a pensar en lo peor. «Creo que no hemos tenido suerte con la llegada de estos tipos», se dijo.

Nitti volvió a los pocos momentos.

—Capitán, ahí no hay nada que valga la pena aprovechar —informó.

—Muy bien, Bill. Lo siento, amigos; no puedo llevarles en mi nave —declaró Rupphus—. Sus radios siguen funcionando, así que ya vendrán otros a rescatarles.

Barrett oyó aquellas palabras y se quedó estupefacto.

—Capitán, ustedes...

—Lo lamento —insistió el barbudo—. Amigo, nosotros hacemos de todo, pero siempre procurando el máximo de provecho. Según la ley, el bote nos pertenece, por haberlo encontrado en el lugar de aterrizaje. Pero un bote de salvamento en buenas condiciones vale al menos un

par de millones, nuevo, recién salido del astillero. Después de un aterrizaje sin daños, su precio se reduce a la mitad, que era el beneficio que pensábamos obtener.

—También pagan primas las compañías de seguros por el rescate de los pasajeros salvados —dijo Bithys.

—Sí, pero entonces tiene que intervenir la ley y eso no me conviene. Con las compañías de seguros no se juega; tengo amplia experiencia sobre el particular —declaró Rupphus desenfadadamente—. En cambio, sí me resultaría fácil vender el bote... En fin, que no puedo llevarlos conmigo, y espero comprendan mi punto de vista.

—El punto de vista de un pirata sin conciencia —exclamó la muchacha, pálida de ira.

Rupphus se encogió de hombros.

—¡Qué se le va a hacer! —contestó. Y ya levantaba la mano para dar la orden de marcha, cuando Barrett le hizo una seña.

—Capitán, venga —rogó—. Si es cuestión de dinero, podemos discutirlo amistosamente.

Los ojos de Rupphus chispearon.

—Ah, ha pronunciado la palabra mágica: dinero.

—Sí. Venga, por favor.

Barrett retrocedió unos pasos. Rupphus le siguió, con expresión de codicia. El joven se detuvo y movió la mano.

—No quiero que lo oigan sus hombres, capitán —habló en voz baja—. Yo puedo ofrecerle una suma enorme...

Rupphus aguzó el oído. Barrett hablaba deliberadamente bajo, para que el gigante barbudo tuviera que acercársele más todavía.

De súbito, con movimiento relampagueante, Barrett arrancó la pistola de Rupphus de su funda y apoyó en su costado la boca del cañón.

—Capitán, diga a sus hombres, que tiren las armas inmediatamente o le quemo los intestinos —dijo.

Rupphus se sobresaltó. A fin de evitar que huyera, Barrett lo agarró por el pescuezo.

—Bithys, aquí inmediatamente —gritó.

La muchacha obedeció la orden en el acto. Barrett acentuó la presión de la pistola.

—No se lo repetiré más, capitán —dijo el joven firmemente.

Rupphus lanzó una espantosa blasfemia. Luego emitió una tonante orden:

—Tiren las armas, muchachos; este bastardo me tiene acogotado.

Cinco pistolas cayeron al suelo inmediatamente. Bithys corrió y se apoderó de una de ellas, que movió con gesto amenazador.

—¡Fuera, apártense de las armas!

Nitti y los otros sujetos se aprestaron a obedecer la orden. Sin perderles de vista, Bithys se apoderó de las armas, que cargó en un gran brazado.

—¡Estoy lista, Pinky! —anunció.

—Lo siento, capitán —sonrió el joven—. Bueno, no, no lo siento en absoluto. Ahora se quedarán ustedes aquí y no faltará quien venga a rescatarles. Los transmisores siguen funcionando.

—Espere —dijo Rupphus desesperadamente—. Hagamos un trato...

Barrett le golpeó en la frente con el cañón del arma. Lo hacía tanto por

rabia como por evitar las posibles reacciones del barbudo.

Rupphus cayó de rodillas, gimiendo sordamente. Barrett le miró colérico.

—Ustedes nos iban a abandonar sólo porque no podían conseguir el rescate que esperaban. Bueno, ahora sabrán lo que es quedarse abandonados en un mundo desierto.

Y echó a correr hacia donde le esperaba Bithys.

—Vamos —exclamó.

En pocos segundos, se salieron del círculo de luz de la hoguera. Casi en el acto, divisaron a lo lejos el metálico resplandor del casco de la nave.

—¿Habrá más tripulantes a bordo? —preguntó ella, aprensiva.

—No creo. Esta clase de naves llevan una tripulación mínima. Para el trabajo que realizan, si se puede llamar así, media docena de nombres son más que suficientes.

—¡Ojalá resulte como dices, Pinky!

En contados segundos llegaron a la escotilla. Cuando se disponían a traspasar el umbral, un individuo apareció de pronto ante ellos. v

—Capitán... Diablos, usted no es...

—No, no soy Rupphus —sonrió el joven, a la vez que le apuntaba con la pistola—. Apéese del barco, amigo.

El hombre obedeció, con las manos en alto.

—¿Cuántos más quedan a bordo? —preguntó Barrett.

—Nadie. Pero ¿qué ha pasado?

Barrett movió la mano armada.

—Camine hacia la luz de la hoguera y lo sabrá —repuso—. ¡Vamos, rápido o le abraso!

El individuo echó a correr. Bithys saltó al interior de la nave. Barrett la siguió y se volvió. Rupphus y los demás corrían hacia allí, gritando como energúmenos.

Barrett disparó unas cuantas descargas. Los rayos, deslumbradoramente rojos, pasaron por encima de las cabezas de los contrabandistas, que se dispersaron inmediatamente, llenos de pánico. Barrett pudo cerrar al fin la escotilla y, sin pérdida de tiempo, corrió a la cabina de mando.

—Siéntate, Pinky —dijo Bithys—. Despegaremos inmediatamente.

—¿Sabes pilotar este trasto?

—No te preocupes.

La nave se levantó de un salto casi instantáneamente. Barrett emitió un largo suspiro y se relajó en el sillón.

—Me parece increíble —sonrió.

—Hrane se va a llevar una buena sorpresa cuando sepa que estamos en Hegghaddon.

—¿Crees que es conveniente que lo sepa?

—Tarde o temprano, acabará por enterarse, Pinky.

Barrett se frotó vigorosamente el mentón.

—A mi me podría ocultar el agente de la capital —sugirió.

—Podría ser, pero no confíes demasiado.

—¿En el agente o en Hrane?

—¡En nadie!

—¿Tampoco debo confiar en ti?

Bithys hizo un gesto desabrido.

—Hombre, trata de entenderme —contestó.

Barrett calló, mientras reflexionaba profundamente. Al cabo de un rato, dijo:

—Bithys, creo que deberíamos empezar a estudiar un plan para el asalto de Sanhwoj.

—Muy bien, estoy de acuerdo contigo. ¿Cuál es la idea base?

* * *

Una semana más tarde, Barrett llegó al hotel que le habían indicado y, tras inscribirse en la recepción, subió a la habitación, en donde se bañó y afeitó sin prisas. En el camino al hotel había comprado ropas nuevas, que se puso una vez aseado. AI terminar, pidió que le subieran la cena.

Una hora después, llamaron a la puerta. Barrett abrió, pensando que sería Bithys, pero estaba equivocado.

Era una mujer y muy distinta de la muchacha. De mediana estatura, intensamente rubia y formas opulentas, la joven, puesto que no tendría más de treinta años, resultaba excitantemente atractiva.

Barrett pensó inmediatamente en una espía de S'Kurr, que se presentaba en forma de acompañante por una noche. Debería andarse con cuidado, se dijo.

—Me llamo Arphinia y soy la dueña del hotel —dijo ella sorprendentemente—. ¿Ha encontrado la cena a su gusto, señor Thorne?

—Oh, sí, estupenda. La cocina es insuperable, señora.

—Gracias. Lo único que siento es no haber podido servirle el «Cháteau-Rimbaud» del 34. Las existencias se agotaron hace pocos días y estamos esperando que nos hagan un nuevo envío.

Barrett se puso rígido. Arphinia acababa de mencionar la contraseña. Ahora él tenía que contestar con la segunda par te o no conseguiría el contacto deseado.

—Agradezco mucho su atención, señora; pero, personalmente, prefiero el «Maison Héneaud» del 37. Más moderno pero mejor, en mi humilde opinión.

Arphinia asintió.

—En cuestión de gustos, no hay nada escrito, señor.

De pronto, metió la mano en un bolsillo de su traje y sacó un objeto, semejante a un paquete de cigarrillos, que dejó encima de una mesa. Presionó con el índice determinado punto de la parte superior y luego volvió la vista hacia el huésped.

—Ya está —dijo—. Ya no tenemos motivos para temer nada.

Barrett miró el objeto.

—Si es un interferidor de sonidos, no servirá de nada. Apenas se den cuenta de que las emisiones de su aparato clandestino no les llegan, sospecharán de los dos o, por lo menos, de usted.

—Se equivoca —contestó Arphinia—.Abajo hay un agente de S'Kurr. Ese aparato es un emisor de ondas mentales hipnóticas. Dentro de dos minutos, me verá volver a la recepción y atender a los clientes. Cada vez que se mueva, me verá en alguna parte, y así, hasta que salga del hotel o des conecte yo el aparatito.

Barrett hizo un gesto de admiración.

—No cabe duda de que es usted muy lista —elogió—. Y ahora, puesto que las contraseñas han funcionado, vayamos al grano. ¿Cómo puedo llegar hasta Vynella?

—El procedimiento mejor es atravesar el lago en barca. Será de madera y de éste modo se evitará la detección por el radar.

—Hay unos aparatitos muy útiles llamados telescopios, Arphinia.

—La barca llevará un interferidor de imágenes. Digamos más bien un aparato que desvía los rayos visuales y, por lo tanto, quedará invisible hasta el momento en que toque la orilla en el lugar más adecuado para iniciar el asalto. Tengo preparada una buena película, con tomas interiores y exteriores de Sanhwoj. Mañana la pasaré para que usted la vea todas las veces que lo estime necesario.

—Perfectamente. ¿Cómo llegaré hasta allí?

—Ese es el punto más difícil de solucionar, cosa que no hemos conseguido hasta ahora. Es preciso atravesar los controles, para poder utilizar la barca en una aparente excursión de pesca. Tengo contratado un guía de toda confianza, pero la guardia de los controles no permite la pesca a nadie que no haya nacido en la comarca. Ese hombre sale a pescar cuando le parece oportuno, pero a usted no le permitirían dar un paso a menos de mil metros de la orilla.

Barrett hizo un ademán con la mano.

—Haga que el guía venga a verme y yo me ocuparé del resto —aseguró—. Otra cosa. Ha dicho que la barca es de madera. ¿Hemos de remar los cien kilómetros que hay desde la orilla al lago?

—Oh, no. La barca llevará adosada a la quilla una especie de motor a reacción, absolutamente invisible, y que funcionará por aire comprimido. Todos los mecanismos son de plástico, absolutamente indetectables, y ese plástico es muy duro y capaz de resistir en funcionamiento hasta mil kilómetros. Además, la travesía será por la noche...

—Han pensado en todo, salvo en los gusanos-piraña. ¿No atacarán la madera de la lancha?

—Es sustancia orgánica muerta y, además, vegetal. No hay peligro por ese lado.

—Estupendo. Creo que mi misión va a resultar más fácil de lo que me imaginaba. ¿Cómo se llama el guía?

—Idros Derq. Repito que es de toda confianza. —Los ojos de Arphinia centellearon de pronto—. Si consigue llevar el tratado, S'Kurr tendrá que dimitir y nos habremos librado de un repugnante tirano.

—Intentaré conseguirlo. Pero, Arphinia...

—¿Sí, John Joseph?

Barrett meneó la cabeza.

—Veo que mi nombre falso no sirve para nada —dijo.

—Oh, yo sí lo sé y lo utilizaré en público. Aquí, entre los dos, no veo la importancia...

—Puede llamarme Pinky, como todo el mundo. Pero quiero que me conteste a una pregunta.

—Desde luego, Pinky.

—Antes dije que habían pensado en todo, pero no hablé correctamente. Se han olvidado de una cosa.

—No veo qué pueda ser, Pinky.

Barrett la miró de pies a cabeza, examinándola con todo detenimiento. Al cabo de unos segundos, se encaró con ella.

—Arphinia, ¿qué distracciones hay aquí para el viajero que ha pasado mucho tiempo en soledad? —preguntó.

Ella sonrió de un modo especial.

—Bien, se puede intentar... complacer al viajero solitario —repuso.

—¿No hay nadie que pueda protestar de tus atenciones hacia ese huésped que ansia olvidar su soledad?

Ella se bajó suavemente la cremallera que cerraba por delante todo el traje que vestía.

—Ni siquiera el espía —contestó.

CAPITULO V

La camarera que le entró el desayuno dos días más tarde, era muy rubia y llevaba el pelo largo hasta la cintura. El uniforme era extremadamente ajustado, sin tela en la espalda y con sólo dos pedacitos de tela para cubrir apenas los senos firmes y redondos.

—Su desayuno, señor. Buenos días.

Barrett se la quedó mirando de hito en hito.

—¿Es usted nueva en el personal?

—Sí, señor. Entré ayer, recomendada por el capitán Rupphus.

Barrett se levantó y empezó a dar vueltas alrededor de la joven.

—¿Por qué has pronunciado ese nombre? —preguntó.

—¿Quién más sabe el encuentro que tuvimos con aquel pirata?

—Tienes razón. —Barrett se acercó a la puerta, abrió, exploró el pasillo con la vista, cerró de nuevo y volvió junto a la camarera—. El disfraz es perfecto —elogió.

—Gracias. Pensé que era la mejor solución para venir a verte —respondió Bithys—. ¿Qué novedades hay? ¿Has contactado con el agente de la Tierra?

Barrett ocultó una sonrisa. Había habido más que contactos verbales con el agente, pensó.

—Sí —respondió—. Ya ha contratado el guía. Hoy vendrá a verme, para ultimar los detalles de la travesía del lago. Ven a servirme la cena y te diré lo que debes hacer.

—Creo que debo acompañarte a Sanhwoj, Pinky. Te sería de mucha utilidad.

—El agente me ha mostrado ya una película de la fortaleza, interna y externamente.

—No es lo mismo que conocerla personalmente —alegó ella. Y añadió —: Recuerda, es mi hermana, además.

—En este caso, interviene la voz de la sangre, ¿no?

—Tómalo como gustes, pero es así. Bien, volveré a la hora de la cena.

Bithys se marchó. Barrett supuso que Arphinia estaría enterada de la identidad de la muchacha, aunque no por ello estimó conveniente que Bithys supiera quién era exactamente Arphinia. Se preguntó si el servicio de información de S'Kurr sería tan efectivo como lo había demostrado en la Tierra.

No tardarían en salir de dudas, fue la conclusión a que llegó, después de rápidas reflexiones.

Idros Derq, el pescador, llegó poco después de mediodía. Barrett estudió su rostro y adquirió la convicción de que podía confiar en él.

Durante unos minutos, discutieron algunos detalles de la «excursión». Derq dijo luego que no veía cómo el joven podría franquear la barrera de control que le permitiría el acceso al lago.

—Deje eso de mi cuenta, Idros. Pasaré y estaré allí a la hora convenida —respondió Barrett.

—Muy bien, le estaré esperando —aseguró el pescador.

—Ah, una cosa, Idros. Usted debe de tener ya experiencia sobre el particular. ¿No hay modo de contrarrestar un posible ataque de los gusanos-pirañas? Supongamos que, por descuido, un hombre cae al agua...

—Oh, ése es un problema resuelto hace tiempo. Antes de salir a pescar, nos embadurnamos todo el cuerpo con un repelente especial,

que ahuyenta a esos malditos bichos con absoluta seguridad. Precisamente, ahora mismo iré a comprar unos cuantos botes, ya que he agotado la provisión en estos últimos tiempos.

—Eso significa que yo también tendré que embadurnarme.

—Por supuesto, pero no se moleste; ese repelente sólo lo venden a los pescadores que tenemos licencia para trabajar en el lago. A usted no se lo venderían; incluso informarían a la policía en el acto. Deje que yo me ocupe de ese detalle, señor.

—De acuerdo, Idros —dijo Barrett, visiblemente complacido por el giro que tomaba el asunto—. Ah, lo olvidaba. Llevaré un acompañante. Es necesario que venga.

—¿Podremos confiar en él, señor?

—Le diré quién es, cuando hayamos despegado de la orilla.

Derq hizo un gesto con la mano y salió de la estancia. A las siete y media, apareció Bithys, con el carrito de la cena.

—¿Y bien? —dijo la muchacha.

—Pasado mañana, a las seis y media de la tarde en punto, estarás en el acceso Suroeste, a dos mil metros de la barrera de control. Nos reuniremos allí.

Bithys le miró aprensiva.

—¿Has arreglado todo para que no haya fallos, Pinky?

—Razonablemente, debemos estar junto a Vynella alrededor de las doce de la noche. Cuatro horas más tarde ya habremos regresado a la orilla. Eso es todo, Bithys.

—¡Ojalá sea como dices! —deseó la joven.

Arphinia llegó a las diez de la noche y se sentó en el borde de la cama.

—Todo arreglado, supongo —sonrió.

Barrett puso sus brazos en torno al cálido talle de la mujer.

—¿Has conectado el proyector de imágenes? —inquirió maliciosamente.

—No podría olvidar ese detalle tan importante —respondió ella, a la vez que se lanzaba con ardoroso ímpetu hacia el joven.

* * *

La luz del día se extinguía rápidamente y Barrett se había visto obligado a encender los faros del cochecito eléctrico que le había llevado desde Alliwan hasta las inmediaciones del lago. El camino atravesaba un espesísimo bosque, de árboles cuyas copas se tocaban las unas con las otras, sin aparentes soluciones de continuidad. Por el día, a plena luz, pensó, debía de resultar un paisaje realmente encantador.

Pero él no estaba allí para contemplar el panorama. De pronto, los faros iluminaron una silueta parada a un lado del camino.

Barrett aplicó el freno. Bithys saltó a su lado instantes más tarde.

—Todo está listo —anunció él.

—Me siento muy aprensiva. ¿Qué pasará en el control, Pinky?

—A ti no te reconocerán. Tu disfraz es perfecto. En el peor de los casos, declararé que hemos venido a retozar en el bosque y que nos hemos pasado inadvertidamente. Pero no nos harán nada, descuida.

—Ya siento curiosidad por saber la forma en que piensas abrirte paso por el control. No será por la violencia, me imagino.

Barrett se echó a reír.

—Usaré una de las llaves más poderosas que se conocen —respondió

enigmáticamente.

Dos minutos más tarde, vieron una barrera que cortaba el camino. Un hombre uniformado y con un fusil de «láser» a la espalda, les hizo señales para que se detuvieran.

—No se puede seguir —dijo el centinela—. Den media vuelta y márchense inmediatamente.

—Quiero hablar con el oficial de guardia —declaró Barrett—. Es muy urgente.

El soldado vaciló un instante. Luego retrocedió, entró en una garita, habló brevemente por teléfono y volvió a salir.

—Esperen —dijo lacónicamente.

Un poco más allá de la barrera, se entreveían un par de soldados más, ocultos entre el boscaje. Era obvio que estaban dispuestos a rechazar por la fuerza cualquier intento de atravesar el control sin los debidos permisos.

El soldado salió de la garita y les hizo señales con la mano.

—Debemos aguardar —entendió Barrett.

—Tengo los nervios a flor de piel... —dijo ella entre dientes.

—Cálmate. Es parte del juego.

El oficial tardó en Llegar casi diez minutos. Era un sujeto membrudo, de cejas muy espesas. Se acercó al terrestre y le miró recelosamente.

—¿Qué quieres? —preguntó abruptamente—. No se puede pasar sin un permiso especial. Debieras saberlo...

—Creo que tengo ese permiso —sonrió el joven.

Enseñó discretamente un billete de cien y añadió:

—Tengo nueve permisos más como éste. ¿Crees que será necesario enseñárselos a los soldados de tu guardia?

—Oh, no, en absoluto. Basta con que yo diga que he visto la autorización —respondió el oficial, en cuyos ojos había aparecido de súbito un vivo brillo de codicia.

Barrett le entregó el resto de los billetes, que el hombre guardó en el interior de su uniforme. Después, se separó del coche, agitó la mano izquierda y gritó:

—Todo está en orden. ¡Dejadlos pasar!

Antes de arrancar, Barrett miró al oficial.

—Dime tu nombre. Puede ser útil algún día.

—Hakros Unn, señor. —Ahora ya había una clara nota de respeto en la voz del hombre.

—Gracias, Hakros.

La barrera se había alzado ya. Barrett encendió los faros y pisó el acelerador. Hizo un saludo al pasar junto a Unn, sonrió y luego procuró aumentar la velocidad del carrito.

—Eres increíble —dijo ella, cuando estuvieron en relativa seguridad —. Nunca esperé que lo consiguieras...

—Resultó fácil —contestó él alegremente—. Ya dije que tenía una llave que no falla casi nunca.

—Imagínate que el oficial no se deja sobornar...

—Habría tenido que pensar en otro procedimiento. Pero sabía que cedería.

—¿Por qué?

—Te lo diré, para que lo sepas, por si acaso algún día te encuentras en una situación parecida. Probablemente, la mayoría de los hombres que componen la guardia privada de

S'Kurr son tipos neutrales, políticamente hablando, y tanto les da que S'Kurr sea primer ministro, como barrendero. Los verdaderamente leales son los «homáguilas» y los «leotibs», pero éstos se encuentran exclusivamente en el castillo.

—Sí. ¿Y...?

—A veces, conviene asegurarse la lealtad por medios distintos de los normales; por ejemplo, aumentando la paga. Los oficiales y soldados que custodian las barreras de acceso al lago cobran unos sueldos míseros. Es la ley, pero no deja de ser también la realidad. Hakros ha visto la posibilidad de aumentar sus ingresos, eso es todo.

—Le has dado mil...

—Su sueldo de casi dos años. ¿Qué le costaría a S'Kurr darles una buena paga? Eso evitaría las tentaciones, ¿no te parece?

Bithys asintió.

—Quizá lo hace así para no dar demasiado que hablar —apuntó.

—Es probable, pero pienso que tiene el suficiente poder para pagar bien a .os guardias y, además, hacerlo discretamente, de modo que no llegue a conocimiento público. Puede que, además, sea un tacaño... pero, en todo caso, esto es ventaja para nosotros.

—Sí se entera de que Hakros ha cedido...

—Cuando se entere, tu hermana habrá firmado ya, el tratado estará en mi poder y él no tendrá otro remedio que dimitir, allí mismo, en Sanhwoj. Como es lógico, Vynella no le va a imponer ningún castigo.

Ella suspiró.

—Piensas en todo —sonrió.

—He puesto mi pellejo en juego y entiendo que debo hacer todos los posibles por conservarlo. Ah, ahí está el pescador.

Un hombre les hacía señales con la mano. Barrett redujo la marcha del aparato. Ya podían ver la superficie espejeante del lago.

—Metan el coche ahí, en la espesura —indicó Derq.

Barrett obedeció. Derq llegó casi en seguida, con dos grandes tarros en las manos.

—Tendrán que aplicarse el repelente —dijo—. Han de hacerlo incluso en los cabellos y hasta en el interior de los oídos y de las fosas nasales. No dejen un solo centímetro de su cuerpo sin embadurnar. Aunque les parezca que no van a tener bastante, en cada tarro hay suficiente para cuatro personas, ya que basta una leve película de la sustancia para ahuyentar a esos bichitos. ¿Han entendido?

—Sí, de acuerdo, Idros.

—La barca está en línea recta desde aquí. Estaré aguardándoles en ella. Cuando hayan subido a bordo, podrán untarse las plantas de los pies, ya que el suelo las limpiaría al caminar hasta la orilla.

Derq se alejó. Barrett y la muchacha quedaron a solas.

—Parece que vamos a tener que desnudarnos —dijo él.

Bithys divisó un enorme arbusto y pasó al otro lado.

—Lo siento, pero no quiero darte la ocasión de refocilarte a mi costa.

Barrett soltó una risita.

—Me gustan las mujeres pudorosas —comentó.

—Y las que no lo son. Por ejemplo, Arphinia.

—Oh, es el agente de la Tierra. He tenido que sostener con ella numerosas conversaciones...

—En el hotel, una camarera tiene ocasión de enterarse de muchas cosas —replicó ella—. Esas conversaciones, ¿tenían que celebrarse desde las diez de la noche hasta el amanecer?

—Eran momentos en que Arphinia no tenía nada que hacer...

—Sí, claro. Aunque quizá entrase en sus deberes, «conversar» contigo...

Barrett empezó a irritarse.

—De acuerdo, voy a ser claro. Pasé casi siete meses en la cárcel, esperando el juicio. Luego transcurrieron cuatro meses más,, en los trámites legales precisos después de la sentencia. Soy un hombre joven y pletórico de vida. No sé si me la voy a dejar en este maldito asunto. Arphinia tiene un par de años más que yo, es hermosa, dulce y ardiente. Y, finalmente, tú no tienes ningún derecho a intervenir en mi vida privada.

Bithys abrió la boca, estupefacta por aquella colérica respuesta. Antes de que pudiera decir nada, Barrett agitó la mano.

—Está bien, no te quedes ahí parada como una estatua. Muy hermosa, por cierto, pero éstos no son los momentos más apropiados para hacer exhibiciones de los encantos corporales.

Bithys lanzó un pequeño gritito. Sofocada hasta las orejas, se percató de que el arbusto era menos espeso de lo que le había parecido y se apresuró a terminar la operación de embadurnarse con el repelente.

CAPITULO VI

Derq aguardaba ya en la barca, que tenía casi ocho metros de eslora. En el centro, bajo un banco, se divisaba una caja negra, de la que emergía una antena.

—Es el reflector de rayos visuales —explicó a sus pasajeros.

—¿Resulta seguro? —preguntó Barrett.

—Absolutamente. Yo mismo he hecho la prueba. No hay por qué sentir el menor temor. En Sanhwoj tienen reflectores que alcanzan hasta cuarenta kilómetros. No sirven de nada.

Arriba, en el cielo, lucían muy juntas las tres lunas de Hegghaddon. Era un singular fenómeno celeste: tres satélites, de distintos tamaños, el mayor de ellos la mitad que la luna terrestre, girando alrededor de sí mismas era grande, tanto que se podían apreciar las variaciones de posición a simple vista. Se producían en el transcurso de unos pocos minutos y resultaba un espectáculo casi mágico. Por otra parte, su luz era muy brillante y el lago quedaba así iluminado con notable claridad, casi como en la Tierra, pocos minutos antes de la salida del sol.

—De momento, remaremos —dijo Derq—. Hay otros pescadores en las inmediaciones y conviene que no nos vean alejarnos a demasiada velocidad. Pero aún son las ocho de la noche y tenemos tiempo de sobra.

El pescador empuñó los remos. La barca comenzó a alejarse de la orilla.

Media hora más tarde, Derq suspendió la boga.

—Vayan a proa —aconsejó—. Voy a poner en marcha el motor.

Barrett miró a lo lejos. Ni siquiera se veía el islote todavía. Pasarían dos horas antes de que lo tuvieran a la vista. Derq puso el motor en

marcha. Bajo la quilla del bote, se oyó un ligero siseo. Derq destrincó el timón y apoyó la mano izquierda en la manecilla de gas.

De repente, se oyó un lejano chillido. Bithys se estremeció. —¿Qué es eso? —preguntó.

Sonaron más chillidos, pero se apagaron muy pronto. —Algún idiota que no supo embadurnarse bien con el repelente —dijo el pescador—. Basta con dejar un centímetro cuadrado de piel al descubierto, para que los gusanos-piraña ataquen con una ferocidad como no pueden imaginarse. Y en este oficio, ya se sabe; tarde o temprano, es preciso tocar la superficie del lago.

—Quizá el repelente no es seguro.

—Oh, sí, absolutamente seguro —contestó Derq con gran énfasis—. Lo que sucede es que resulta preciso hacer las cosas bien. De todas formas, para que se convenzan...

La lancha se movía aún a poca velocidad. Sonriendo, Derq metió una mano dentro del agua.

—¿Ven? No pasa nada...

Súbitamente, su sonrisa se transformó en una horrenda mueca de dolor.

Un espeluznante alarido brotó de sus labios. Derq sacó la mano del agua.

Barrett y la muchacha pudieron contemplar un horroroso espectáculo. Cientos, miles de diminutos pececillos plateados, de forma cilíndrica, envolvían por completo aquella mano, de la que ya brotaban hilos de sangre que parecía casi negra, a causa de las condiciones de luz ambiental.

Pero había más gusanos-piraña. Al sacar la mano, pareció como si Derq arrastrase una especie de tubo flexible, con infinidad de reflejos

plateados, de unos ocho o diez centímetros de espesor. Barrett y Bithys, morbosamente fascinados, pudieron contemplar los indescriptibles movimientos de la masa de pececillos que constituían aquella atroz manga, que no dejaba de moverse un solo segundo.

Los gritos de Derq eran verdaderamente espantosos. Barrett pudo entender una inútil queja:

—¡Bastardos...! ¡Me engañaron con el repelente...!

El joven oyó aquellas palabras y sintió que se le ponían los pelos de punta.

El repelente de que estaban cubiertos no servía para nada. Podían acabar como aquel desdichado.

Y los temibles gusanos-piraría continuaban saliendo del agua en cantidades inconmensurables.

La manga de peces ascendió rápidamente por el brazo del pescador y se dispersó por todo su cuerpo. Barrett pudo ver los cientos de animalillos que penetraban por su nariz, su boca y sus oídos, con una velocidad increíble, tanto, que apenas si podía ser captada por las retinas. Otros grupos hacían, simplemente, túneles en distintas partes de la piel y se adentraban vertiginosamente en el cuerpo del desdichado.

En la mano y el brazo ya no quedaban más que los huesos y, sin embargo, Derq continuaba debatiéndose y aullando de un modo atroz.

Bithys emitía sonidos inarticulados, impropios de una garganta humana. Barrett empezó a reaccionar.

Los gusanos-piraña estaban ya en el interior de la embarcación.

Ahora podían atacarles a ellos... y no tenían siquiera el recurso de salvarse, lanzándose al lago. En el interior de las aguas había cientos de millones más de aquellos voraces monstruos.

Los aullidos de Derq cesaron de pronto. Ahora ya no era más que un bulto cubierto de chispitas plateadas, que hormigueaban con movimientos incesantes.

Era preciso hacer algo, se dijo. Extrañamente, Derq había quedado sentado en el banco de popa, junto al timón. De pronto, Barrett se puso en pie y empuñó un remo.

—¡Pinky! ¿Qué vas a hacer? —gritó la muchacha.

—Déjame; no podemos seguir así. Cuando los gusanos-piraña hayan devorado a Derq por completo, la emprenderán con nosotros.

La barca se movía a poca velocidad. Barrett concibió una idea en aquellos críticos momentos.

Dio un par de pasos, alargó el remo y trató de arrojar el cuerpo de Derq al agua. Después de un par de empellones, el cadáver se volcó a un lado. La mitad del cuerpo quedó flotando fuera de la borda, pero aún no era suficiente.

Más bandadas de mortíferos pececillos acudían de todas partes, Barrett pensó que ya no tenía otro remedio que poner en práctica su idea, si no querían perecer.

Con la punta del remo, movió a fondo la manecilla del gas. El bote arrancó a toda velocidad, de tal modo, que casi cayó de espaldas al fondo. No obstante, consiguió rehacerse y, sin dejar el remo, movió la caña del timón.

La barca describió un amplio semicírculo.

—¡Volvemos a la orilla! —gritó Bithys.

—Es lo único que podemos hacer —contestó él—. Seguir adelante, en estas condiciones, es una locura.

No tenía instrumentos, pero calculó que el bote navegaba a no menos

de treinta nudos. Y lo que no hubiera podido conseguir de otra manera, lo logró mediante la velocidad.

El cadáver de Derq, ya casi un esqueleto, cayó al agua. La enorme multitud de peces que todavía lo envolvían, le siguió en el acto. En aquellos instantes, se alzaba otra terrorífica manga de peces, dispuestos al asalto de la embarcación. El bote dejó atrás aquel espantoso conjunto de fieras en unos segundos.

Bithys tuvo que reconocer que la solución de Barrett era la ideal. No se podía hacer otra cosa.

La orilla se aproximó rápidamente. Barrett se volvió. El bote se acercaba a una extensa playa, de finísima arena. Lanzado a toda velocidad, tocó la orilla, se deslizó unos metros por encima de la arena y luego, con un frenazo brusco, disparó a sus dos tripulantes por encima de la proa.

* * *

Bithys dio unas cuantas volteretas por el suelo y se quedó inmóvil, pero consciente. Barrett sacudió la cabeza y apoyó ambas manos en la arena, tratando de incorporarse, pero desistió de pronto y se dejó caer nuevamente de bruces.

—Parece que nos hemos salvado —dijo después de unos minutos de silencio.

—Has tenido una buena idea —aprobó ella—. Pero, ¿por qué pudo fallar el repelente?

—La respuesta es obvia, Bithys.

-¿S'Kurr?

—No se me ocurre otra solución. Tiene un formidable servicio de espionaje. No ha dado un solo paso para detenernos, prefiriendo que los peces se encargasen de nosotros.

—En tal caso, convendría interrogar al vendedor del repelente, ¿no te parece?

—¿De qué serviría? ¿Nos iba a dar un repelente en buenas condiciones? ¿Cómo comprobar que no está manipulado o que, simplemente, es mantequilla teñida de rojo?

Bithys se sentó en la arena y se pasó una mano por el pelo.

—Entonces, ¿qué hacemos, Barrett?

El joven tendió la mirada a lo lejos.

—Hay una solución —contestó.

—Habla, por favor.

—Si dispusiéramos de un submarino enano, podríamos llegar a la fortaleza navegando bajo el agua. Pero eso es un sueño imposible, de modo que la única forma de llegar allí es volando.

—Cualquier aeromóvil que no haya sido previamente autorizado, será derribado instantáneamente por las defensas del islote.

—Lo sé. Sin embargo, hay otro medio.

—Vamos, dímelo de una vez...

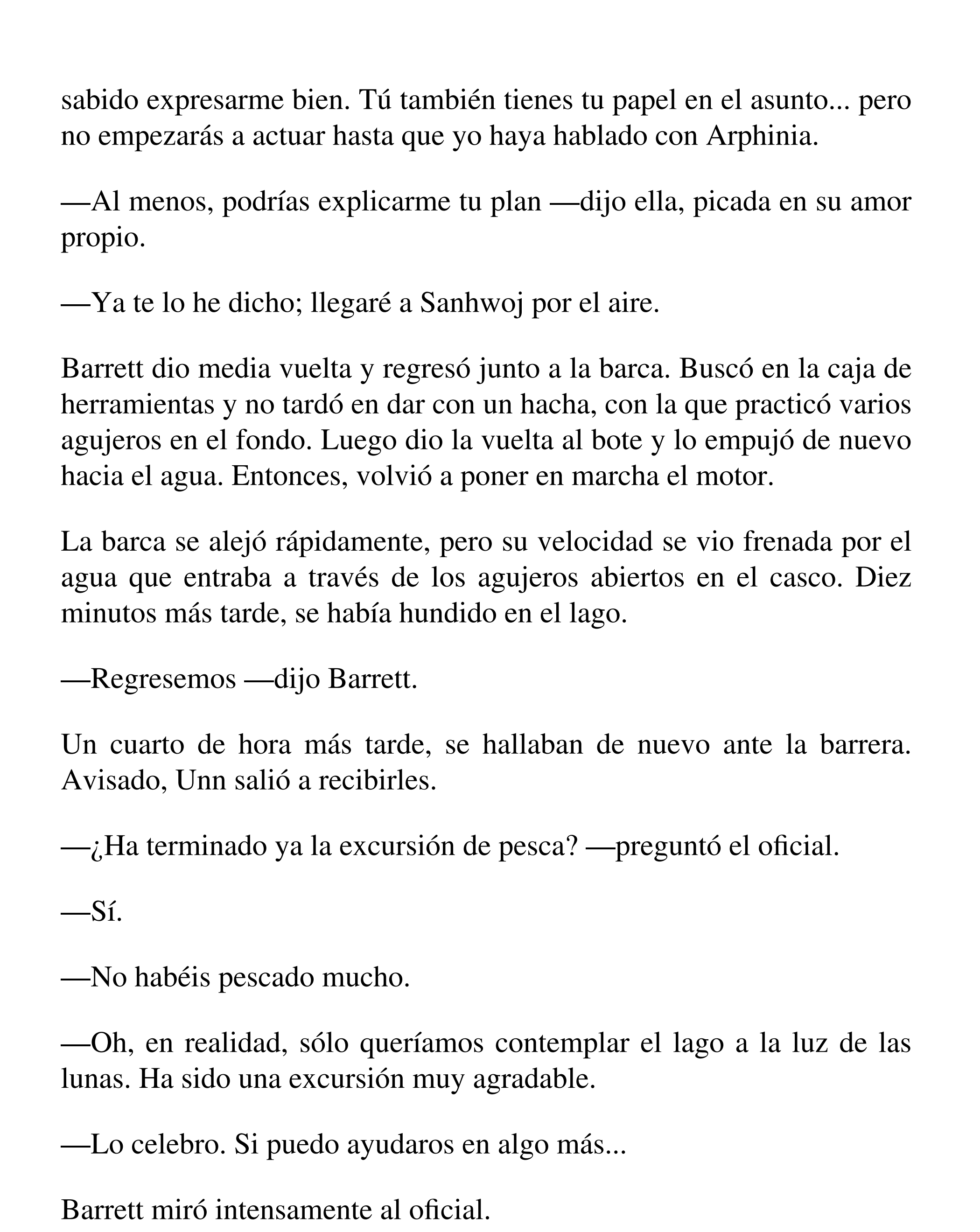
Barrett se pudo en pie y empezó a sacudirse la arena que manchaba sus ropajes.

—Antes tengo que hablar con Arphinia —contestó—. Sólo ella puede ayudarme.

Bithys se sulfuró.

—Sólo ella, ¿eh? Entonces, ¿qué pinto yo aquí?

—Un momento, un momento. —Barrett manoteó vivamente—. No he


sabido expresarme bien. Tú también tienes tu papel en el asunto... pero no empezarás a actuar hasta que yo haya hablado con Arphinia.

—Al menos, podrías explicarme tu plan —dijo ella, picada en su amor propio.

—Ya te lo he dicho; llegaré a Sanhwoj por el aire.

Barrett dio media vuelta y regresó junto a la barca. Buscó en la caja de herramientas y no tardó en dar con un hacha, con la que practicó varios agujeros en el fondo. Luego dio la vuelta al bote y lo empujó de nuevo hacia el agua. Entonces, volvió a poner en marcha el motor.

La barca se alejó rápidamente, pero su velocidad se vio frenada por el agua que entraba a través de los agujeros abiertos en el casco. Diez minutos más tarde, se había hundido en el lago.

—Regresemos —dijo Barrett.

Un cuarto de hora más tarde, se hallaban de nuevo ante la barrera. Avisado, Unn salió a recibirles.

—¿Ha terminado ya la excursión de pesca? —preguntó el oficial.

—Sí.

—No habéis pescado mucho.

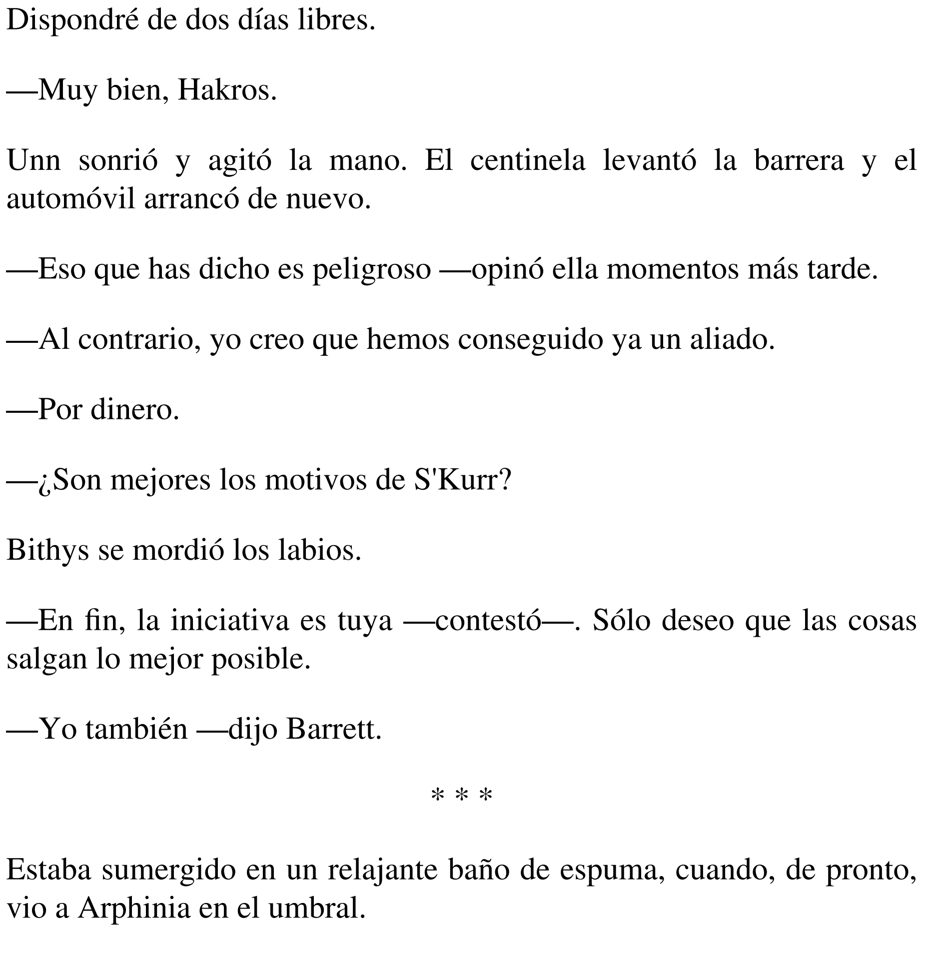
—Oh, en realidad, sólo queríamos contemplar el lago a la luz de las lunas. Ha sido una excursión muy agradable.

—Lo celebro. Si puedo ayudaros en algo más...

Barrett miró intensamente al oficial.

—Tal vez —contestó—. ¿Por qué no vienes a comer conmigo un día en el hotel?

—Iré cuando haya terminado mi guardia, después de amanecer.



Dispondré de dos días libres.

—Muy bien, Hakros.

Unn sonrió y agitó la mano. El centinela levantó la barrera y el automóvil arrancó de nuevo.

—Eso que has dicho es peligroso —opinó ella momentos más tarde.

—Al contrario, yo creo que hemos conseguido ya un aliado.

—Por dinero.

—¿Son mejores los motivos de S'Kurr?

Bithys se mordió los labios.

—En fin, la iniciativa es tuya —contestó—. Sólo deseo que las cosas salgan lo mejor posible.

—Yo también —dijo Barrett.

* * *

Estaba sumergido en un relajante baño de espuma, cuando, de pronto, vio a Arphinia en el umbral.

La joven sonreía de un modo especial.

—Pareces muy fatigado —comentó.

Barrett asintió. Habían regresado al hotel cerca de la media noche. Inmediatamente, se había metido en la cama. El recuerdo de la horrible muerte del pescador le había tenido desvelado hasta muy entrada la madrugada. Luego, al fin, se había dormido profundamente, despertándose casi al mediodía.

—Estoy cansado —respondió.

—¿Fue abundante la pesca?

—El pescador fue pescado.

Arphinia dejó de sonreír.

—No hablarás en serio —dijo.

—Arphinia, si un día ves a una persona devorada por los gusanos-piraña... creo que no lo olvidarás jamás. Aún me parece estar viendo al pobre Derq...

—¡No sigas! —pidió ella, con voz crispada^. Pero, ¿cómo pudo suceder?

—Le dieron repelente inofensivo. Alguien manipuló en los tarros que había comprado. Derq quiso hacer una prueba, para mostrarnos su efectividad, metió la mano en el agua y... Bien, ya te explicaré otro rato cómo terminó la cosa.

—¿Crees de veras que hubo manipulación en el repelente?

—Lo dijo el propio Derq, cuando los gusanos-piraña ya se lo comían vivo.

—Sé quién vende ese repelente. Le diré unas cuantas palabritas —aseguró Arphinia.

—No, no te comprometas. He ideado otro plan. Y creo que éste no fallará.

—¿De veras?

Barrett se puso en pie y empezó a secarse.

—Tengo hambre —dijo—. ¿Puedes pedir la comida?

—Oh, por cierto —exclamó ella—. Tienes un invitado.

—¿Un invitado?

—Se llama Hakros Unn...

—Oh, sí, me había olvidado de él. ¿Por qué no me lo dijiste antes, Arphinia?

—Bueno, todavía no es hora de almorzar...

—Me muero de hambre y tengo un invitado, así que ya es hora de almorzar —cortó Barrett—. Dile a Unn que suba; comeremos en la habitación.

—De acuerdo. ¿Te quedarás esta noche aquí?

Barrett miró fijamente a la hermosa mujer que sonreía provocativamente frente a él.

—Me gustaría descansar —repuso—. Mañana será para mí un día de mucho ajetreo y... Trata de comprenderme, preciosa. Además, empezaría a ver a Derq, todavía moviéndose, pero ya medio descarnado...

Arphinia se puso una mano en la boca.

—No sigas —dijo, a la vez que iniciaba una precipitada huida—. Le enviaré ahora mismo el almuerzo.

—Y el invitado.

—De acuerdo.

Barrett suspiró y empezó a vestirse. Dudó de que pudiera hacer atravesar un solo bocado por su garganta. Aquel pobre Derq...

CAPITULO VII

Bithys servía el almuerzo discreta y eficientemente. A Barrett le dio la impresión de que Unn conocía a la muchacha, pero el huésped era discreto y no hizo el menor gesto que pudiera traicionar sus pensamientos.

—Necesito de ti, Hakros —dijo el joven, después de las primeras frases de cortesía. Hizo un gesto con la mano—. Llena la copa de mi amigo, ordenó.

Bithys obedeció. Unn estaba mirando al joven y no se dio cuenta de que la muchacha dejaba caer en su copa una menuda píldora.

—¿Qué te pasa, Pinky? —preguntó Unn.

—¿Dónde podría conseguir un informe de «homáguila»?

El oficial respingó.

—Bueno, en realidad, apenas llevan uniforme —dijo—. Usan manoplas de cuero sintético, reforzado con varillas de metal, y un cinturón con taparrabos, muy escaso de tela... Se puede decir que van desnudos. Ah, también emplean botas, con la caña adaptada a la pantorrilla...

—Luego es un informe —sonrió el joven.

—Si lo tomas así... —Unn le miró de soslayo—. Pinky, a mí no me la das. Tú quieres entrar en Sanhwoj

Hubo un momento de silencio. Barrett levantó la vista hacia la muchacha. Bithys hizo un rápido pestañeo de aprobación.

—Bien, así es —admitió Barrett al cabo.

—Puedo conseguir el uniforme. Pero, ¿y las alas? A ellos se las implantaron quirúrgicamente, y es una operación difícil, aparte de que

eligieron a hombres especialmente musculados. Una vez implantadas las alas, se necesitan a veces hasta dos años de entrenamientos constantes, para poder despegar del suelo y volar satisfactoriamente. No, no sería fácil...

Barrett levantó una mano sonriendo.

—Tengo mis propias ideas al respecto —atajó las explicaciones del oficial—. Para mí, lo más importante es el uniforme.

—De acuerdo, pero, ¿y las armas? Los «homáguilas» usan largas lanzas, más que nada, como elemento decorativo, aunque en caso necesario, saben emplearlas con mortífera habilidad. También llevan pistola de «láser».

—Si me procuras el uniforme, lo demás corre de mi cuenta.

—Lo intentaré, aunque no te garantizo el resultado. Eso... costará dinero.

—Lo tendrás.

—¿Y después?

—¿Temes la reacción de S'Kurr?

Unn hizo una mueca.

—A decir verdad, me siento un poco aprensivo —repuso.

—Si consigo entrar en el castillo, no tendrás que temer ya a S'Kurr.

—Está bien. Haré lo que pueda y vendré a verte mañana por la noche.

Barrett sonrió.

—¡Eh, buena moza, llena de nuevo las copas! —pidió.

Unn se marchó más tarde. Bithys se acercó al joven y le miró con

expresión crítica.

—Creo que has olvidado una cosa importante —dijo.

—Si te refieres a las alas, no las he olvidado.

—Aunque te las sujetes con correas, no te sostendrán en el aire. Y no es de las alas de quien te has olvidado, sino de mí.

Barrett saltó en su asiento.

—No te he olvidado, encanto. Precisamente te asigno un papel muy importante.

—¿De veras? —se burló ella.

—Tú irás a la fortaleza y me aguardarás allí.

—No me dejarán entrar.

—¿Puede S'Kurr impedirte visitar a tu hermana?

—Hace tiempo que me lo prohibió. ¿O si no, por qué crees que fui a la Tierra?

Barrett se mordió los labios.

—No había contado con eso —murmuró.

—Pero, en cambio, yo también he ideado mi plan. A propósito, ¿sabes que Unn es sincero?

—A mi me parece...

Ella rió desdeñosamente.

—Te guías por la intuición, pero yo no me fiaba del todo, hasta que le puse en el vino una dosis de droga de la verdad.

—Ah, la píldora...

—En efecto. Así supe que Unn no te ha mentido. Aunque actúe por dinero, claro.

—De acuerdo. Y ahora, por favor, dime, ¿cuál es tu plan?

—No sé cómo piensas hacerlo, pero sí te diré que debes conseguir dos pares de alas.

—¿Qué? —gritó él.

—Voy a convertirme en una «hembráguila».

Barrett sintió que se le aflojaba la mandíbula inferior. Bithys movió la cabeza repetidas veces arriba y abajo.

—No sé si la palabra estará bien empleada, pero cuando vayas a Sanhwoj, yo estaré volando a tu lado.

El joven captó la nota de firmeza que había en la voz de Bithys y supo que no podría desviarla de su propósito.

Haciendo un esfuerzo, consiguió sonreír.

* * *

—Será delicioso volar junto a una «hembráguila» —contestó.

* * *

Unn accedió a regañadientes, aunque Barrett calmó sus escrúpulos mediante un liberal uso del contenido de su cinturón monedero, del que no se desprendía un solo momento.

—Está bien —dijo el oficial—. Conseguiré el segundo uniforme.

—Y las dos lanzas. Yo me ocuparé de las pistolas de «láser». Ah, otra cosa.

Le entregó un papel.

—Tendrás que llevar todo a esta dirección. Hoy mismo dejaré el hotel —añadió.

Unn meneó la cabeza.

—Hoy entro de guardia y estaré un día completo. Necesitaré otro más para conseguir lo que falta —alegó.

—No tengo prisa.

Barrett decidió estimular al oficial y añadió otros diez billetes de cien.

—Si tienes que pagar a alguien, hazlo sin tacañería —aconsejó.

Unn se tocó la sien con un dedo y salió de la estancia. Arphinia vino a los pocos minutos.

—Me han dicho que has pedido la cuenta —manifestó.

—Así es —confirmó él.

—¿Puedo saber adónde te marchas?

—Lo siento.

Ella le miró irritadamente.

—No te fías de mí —se quejó.

—Al contrario, confío plenamente en ti. Pero quiero evitarte compromisos.

Arphinia suspiró.

—Lástima. Pensaba que cenaríamos juntos esta noche...

Barrett se acercó a ella y la besó suavemente.

—Cuando haya conseguido la firma del tratado, nos correremos tú y yo la gran juerga —prometió.

—Si no cumples tu palabra, te sacaré los ojos.

—Vendré, te lo aseguro.

Arphinia puso las manos sobre los hombros del joven.

—Eres encantador, aunque me parece que no volverás —dijo.

—¡Caramba, no me desees tan malas perspectivas! —se alarmó él.

—Oh, no lo digo porque vayas a fracasar, sino... Bien, de nada sirve esperar lo que no puede suceder. —Le besó en una mejilla y se encaminó hacia la puerta—. Buena suerte, Pinky —se despidió finalmente.

Barrett se acarició el lugar donde había notado el contacto de los labios de Arphinia.

—¿Qué diablos habrá querido decir? —se preguntó, completamente desconcertado.

Tardó un buen rato en comprender el sentido de las palabras de la dueña del hotel. Cuando, al fin supo lo que ella había querido decirle, meneó la cabeza y torció el gesto.

—Está equivocada por completo. Bithys haría cualquier cosa menos enamorarse de mí. Y como yo no estoy enamorado de ella...

* * *

Anochecía ya, cuando llegó al lugar donde ¡e esperaba la muchacha. Por el horizonte surgía una de las lunas de Hegghaddon, todavía en cuarto creciente. Se apeó del automóvil eléctrico que le había llevado hasta allí y, acercándose a la casa, tocó en la puerta con los nudillos.

El edificio tenía forma de cúpula, con salientes semicilíndricos en tres

de sus costados. Barrett advirtió que estaba hecho de material transparente, que podía ser polarizado a voluntad, a fin de permitir la transparencia u opacidad de determinados puntos de su estructura, con lo que las ventanas resultaban innecesarias.

Un poco más allá, divisó una curiosa construcción, una especie de glóbulo, de unos tres metros de diámetro, sostenido por una columna, que más bien parecía un pedúnculo, de unos seis o siete metros de altura. Se preguntó para qué serviría aquel artefacto, pero, casi en el mismo instante, la puerta desapareció ante sus ojos y Bithys se hizo visible.

—Hola —sonrió Barrett.

—Entra —dijo ella.

Barrett cruzó el umbral. A sus espaldas, la puerta se materializó nuevamente.

Frunció el ceño.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó.

—Es una nueva clase de puerta —explicó ella—. Sólo está dibujado su contorno, a fin de que los visitantes sepan dónde tienen que llamar. La puerta no se abre ni tiene cerradura. Simplemente, su materia se descohesiona y se desvanece, dejando libre el hueco. Cuando se quiere cerrar, se produce el efecto opuesto.

—Y, ¿es seguro?

—Trata de salir, por favor.

Barrett empujó con ambas manos. La puerta resistió como si estuviese fabricada del mejor acero.

—No es mal sistema —comentó. Miró a su alrededor; desde allí, podía contemplar gran parte del paisaje, así como algunas de las restantes

habitaciones de la casa. Sólo el cuarto de baño tenía opacas las paredes.

—La casa es mía. Me la regaló mi hermana hace años —dijo la muchacha.

—Oh, comprendo. Muy original, muy futurista, aunque prefiero las casas tradicionales terrestres: paredes gruesas, blancas, techos de vigas a la vista, chimenea... Cuestión de costumbres, me imagino. Ah, ¿qué diablos es ese globo situado sobre el poste que hay en el exterior?

—El tanque de agua. Se alimenta, mediante una bomba, de un pozo excavado en el suelo. ¿Quieres tomar algo? Tengo café terrestre... Bueno, imitación, pero si no te lo hubiese dicho, no notarías la diferencia.

—Venga ese café —exclamó él alegremente.

Bithys fue a la cocina y volvió minutos más tarde. Barrett estaba sentado en un diván sin patas, sostenido por antigravedad, y con el suficiente margen de sustentación, para proporcionarle un agradable balanceo si así lo deseaba su ocupante. Barrett cogió la taza y el plato y miró a la muchacha.

—Tengo todo preparado —dijo ella—. Sólo faltan los uniformes.

—No hay uniformes para mujeres-águilas —alegó él.

—Los habrá, a partir de hoy, y aunque sólo sea para una ocasión —respondió ella—. Tengo también los propulsores y las alas. Me ha costado bastante, no te vayas a creer.

—Merecía la pena. Al menos, eso pienso yo.

Barrett apuró el café y dejó la taza a un lado.

—A veces me pregunto... Claro que yo no puedo tener opiniones; sólo soy un reo indultado... Pero, ¿es conveniente que tu hermana firme el

tratado?

—Yo creo que si —respondió Bithys—. De otra forma, S'Kurr no la tendría secuestrada.

—¿Y si somos nosotros los equivocados y no conviene que Vynella firme el tratado?

—¿Por qué, Pinky? ¿Es que ahora te van a asaltar escrúpulos que no tienen motivos de existir?

—Bithys, yo me pregunto si no se tratará de algo que pueda perjudicaros a vosotros, al pueblo de Hegghaddon, quiero decir. Todo esto es algo que se hace a espaldas de la gente... Oh, no vayas a creer que pienso solamente en Hegghaddon; mis aprensiones también se extienden a los terrestres. Porque todos me han dicho que es un tratado conveniente, pero yo no sé todavía cuáles con sus cláusulas ni sobre qué temas se ha acordado.

Ella endureció el gesto.

—Pinky, a ti no te corresponde juzgar si el tratado es conveniente o no para ambos planetas, ni criticar sus cláusulas ni su contenido. Lo único que tienes que hacer es entrar en Sanhwoj, llegar hasta mi hermana y presentarte como el mensajero enviado por la Tierra. Yo te ayudaré a conseguirlo, eso es todo.

—Sí, ya sé que soy una pieza más de la maquinaria y que no tengo derecho a intervenir en su funcionamiento. Pero, al menos, me gustaría saber... de qué trata el tratado, valga la redundancia.

—S'Kurr quiere que Vynella firme un tratado análogo con Exphyn-Er. Puede que el tratado contenga cláusulas no demasiado beneficiosas para Hegghaddon, pero la mejor de las cláusulas de un tratado con Exphyn-Er sería catastrófica en comparación con las del tratado que debe firmarse con la

Tierra. Y, recuerda, a ti sólo te corresponde cumplir órdenes; no

criticarlas ni mucho menos discutirlas.

Barrett hizo una mueca.

—No volveré a mencionar más el asunto —aseguró—. Pero cuando vea a tu hermana, le pediré una cosa.

—Te la concederá, seguro. ¿Qué es, Pinky?

—Leer el tratado y quedarme en Hegghaddon.

—Son dos cosas, si no he contado mal —dijo ella cáusticamente.

—Sí, pero...

Barrett no pudo contestar. Alguien llamó a la puerta en aquel preciso instante.

Bithys hizo funcionar una mirilla visora y accionó el mando que descohesionaba la puerta.

—Bien venido, Hakros —saludó alegremente.

CAPITULO VIII

Unn entró en la casa, muy agitado, y empapado de sudor de pies a cabeza. Venía cargado con dos bolsas, que dejó en el suelo y, tras sacar un pañuelo, se limpió la frente.

—He traído las dos lanzas y los uniformes —anunció—. Las lanzas vienen desmontadas. Cada una de ellas se compone de seis secciones de setenta y cinco centímetros. En cuanto a los uniformes...

—Bueno, no te preocupes —sonrió Barrett—. Nosotros nos encargaremos de! resto. Pero, caramba, cualquiera diría que has venido a pie y perseguido por una legión de diablos.

—No estoy seguro, aunque me parece que alguien me perseguía —respondió el oficial—. Venía hacia aquí en mi aeromóvil y tuve que simular un accidente. Lo dejé a un par de kilómetros, en una hondonada cubierta de arbustos. He recorrido a pie el resto, muy aprisa... pero después ya no he visto a nadie.

—Te daré algo de beber —sonrió la muchacha.

Unn agitó una mano.

—Gracias, pero no tengo sed. Sin embargo, querría refrescarme un poco... ¿No podría darme una ducha?

—Claro. Ven, te enseñaré el cuarto de baño.

Bithys acompañó al oficial hasta el lugar indicado y luego regresó junto a Barrett.

—Convendría que empezásemos a prepararnos —dijo—. De aquí a la fortaleza hay tres horas de vuelo, y eso a buena velocidad. Tendríamos que estar de regreso antes del amanecer, me parece.

—De acuerdo —accedió él.

—Nos pondremos las alas en el exterior; son demasiado grandes para usarlas dentro de la casa, aunque no nos levantemos del suelo siquiera.

Barrett se quitó casi todos sus ropajes, quedando solamente con el cinturón característico de los «homágilas». Luego se colocó sobre los hombros y sujetos al pecho los atalajes del propulsor antigravitatorio que le permitiría imitar el vuelo de los hombres alados.

Bithys realizó la misma operación. Estaban a mitad de la tarea, cuando, de pronto, se oyó en el baño un chillido espantoso que les heló la sangre en las venas.

Barrett y la muchacha se quedaron paralizados por el asombro. El chillido se repitió, angustioso, espeluznante.

El joven reaccionó con rapidez y agarró una de las pistolas «láser» que ya tenía prevenidas. Corrió hacia el baño, abrió la puerta y presenció un espectáculo indescriptible.

El cuerpo de Unn estaba literalmente cubierto de minúsculos gusanos plateados, que hervían sin cesar, agitándose con inaudita ferocidad, mientras pugnaban por alcanzar su parte en el macabro festín. Chorros de sangre brotaban por la nariz y la boca del desgraciado, del que ya se podían ver algunos huesos desprovistos de carne.

—Dios mío —exclamó él, atónito—. ¿De dónde han salido estos gusanos-pirañas?

La bañera estaba casi llena y en su interior se agitaban a millares los minúsculos monstruos. Barrett se dispuso a cerrar los grifos, pero Bithys le contuvo agarrándolo por un brazo.

—No, no te arriesgues —dijo—. Cerraré la llave de paso. Quédate aquí y si algunos intentan salir del baño, abrásalos con tu pistola de «láser».

Barrett comprendió la sensatez de aquellas palabras. Unn había caído ya a la bañera, cuyo contenido estaba completamente rojo de sangre.

Entonces fue cuando vio los chorros de gusanos-pirañas que caían por el grifo de la ducha, que había perdido la regadera.

El agua cesó de caer instantes más tarde. Bithys llegó con un largo palo, al extremo del cual se veía un gancho de metal.

—Apostaría algo a que echaron los gusanos-pirañas en el tanque de agua —dijo—. Alguien debió venir aquí durante mi ausencia... Esos bichos estaban hambrientos.

—No son precisamente de los que necesitan aperitivos para que se les abra el apetito —contestó él—. ¿Para qué quieres ese palo?

—Ahora verás. ¿Tienes la pistola lista?

—Sí.

Bithys se acercó a la bañera y, de un tirón, arrancó el tapón del desagüe. El nivel del agua empezó a descender de inmediato. Unos cuantos gusanos-pirañas trepaban ya por el palo, en busca de una nueva presa, pero ella lo arrojó a la bañera, antes de sufrir el menor daño.

—Es decir —murmuró Barrett—. Alguien quiso quitarte de en medio...

—He estado ausente durante buena parte del día —respondió la muchacha—. Precisamente iba a darme un baño cuando tú llegaste. Tuve que posponerlo...

—Y el pobre Unn fue el que pagó el pato. El sólo quería ducharse, pero la regadera estaba muy floja y se desprendió apenas abrió la llave correspondiente. Entonces, los bichos se le arrojaron encima... —Torció el gesto—. A veces dudo de que podamos llegar hasta tu hermana.

—El plan que ideaste es el mejor —aseguró Bithys—. Precisamente, porque no esperan que vayamos volando y menos aún disfrazados de

«homáguilas».

—Esperemos que todo salga como está planeado —deseó él—. Pero no olvides que he de leer el tratado.

—Y darle tu conformidad —respondió ella sarcásticamente.

—¿Por qué no? Bien, lo mejor será que empecemos a prepararlo todo.

Minutos más tarde, salían al exterior y se colocaban las alas a la espalda. Cada una de ellas medía unos cuatro metros de largo y eran muy ligeras, lo que permitía moverlas sin dificultad mediante un sencillo mecanismo accionado con una sola mano. Los atalajes habían sido construidos de tal forma, que el pecho quedaba completamente al descubierto, lo cual haría más dificultosa la percepción del truco.

Las lanzas habían sido montadas ya, atornillando cada trozo en la rosca correspondiente del siguiente. Los controles de los propulsores individuales se hallaban en una hebilla, situada en la parte delantera. Barrett accionó el suyo y se elevó de inmediato.

Bithys le siguió en el acto. Conocedora de la ruta, se le adelantó, precediéndole en algunos metros. A los pocos minutos, se hallaban ya a unos mil metros de altura.

—Es suficiente —dijo—. No necesitamos elevarnos más.

Barrett asintió. Pesimista, se preguntó si el plan saldría como esperaba.

S'Kurr era hombre muy astuto y tenía infinidad de confidencias por todas partes. ¿Estaría ya enterado de la forma en que pensaban llegar hasta Vynella?

En aquellos instantes, Barrett casi deseó hallarse en la Tierra, con todos los riesgos que ello comportaba. Pero ya no podía retroceder y siguió adelante. Tenía que hacerlo, aunque se dejase la piel en el empeño.

Tres horas más tarde, Bithys señaló un punto en el horizonte.

—Allí —dijo simplemente.

Barrett vio la espejeante superficie del lago y el negro islote que emergía en su centro, de laderas escarpadas y en cuya cima se encontraba la tétrica fortaleza de Sanhwoj. Había llegado el momento decisivo, se dijo.

De pronto, Bithys se volvió hacia él.

—Pinky, déjame actuar a mí en primer lugar —pidió.

—Muy bien, como gustes.

—Ten, sujétame la lanza un momento.

Barrett obedeció. Entonces, asombrado, vio que Bithys se quitaba el trozo de tela que cubría su pecho. Los senos quedaron al descubierto.

—Eh, ¿qué haces? —se alarmó. Ella recobró la lanza.

—Una «hembráguila» no puede llevar más ropa que la que lleva un colega suyo del sexo masculina —contestó—. Además, servirá de cebo. Espero. Barrett meneó la cabeza. —Si tu hermana te viese...

—Lo aprobaría, no temas. Cuidado, llegaremos antes de cinco minutos. Empieza a mover las alas.

El joven lo hizo así. A cada segundo que transcurría, podía ver más detalles de la fortaleza, algunas de cuyas ventanas aparecían iluminadas. Procuró seguir a la muchacha y vio que ella se disponía a describir un semicírculo descendente, a fin de posarse en una de sus terrazas. De pronto, algo se elevó hacia ellos, con sonoro batir de alas. Barrett tanteó con la mano izquierda la culata de su pistola «láser».

—Eh, vosotros, ¿adónde vais? —preguntó el centinela alado desde unos cien metros de distancia.

—Pertenezco a la unidad de entrenamiento femenino de «hembráguilas» —contestó Bithys con todo desparpajo—.

Tengo el grado de cabo y éste es mi instructor, el teniente...

—Nunca he oído hablar de «hembráguilas» —contestó el sujeto, sinceramente admirado.

—S'Kurr quiere daros una sorpresa —sonrió ella—. Estáis muy solos y ha pensado que no es justo que haya solamente hombres con alas. También debe haber mujeres de la misma clase. Además, quiere hacer un experimento. Quizá nazcan niños ya con alas, sin necesidad de pasar por el quirófano. Los ojos del «homáguila» chispearon.

—Es la mejor noticia que he tenido en mucho tiempo —contestó—. ¿Sabes?, no gustamos demasiado a las mujeres corrientes...

Ella le guiñó un ojo.

—Las cosas cambiarán de ahora en adelante —aseguró.

Con la mano izquierda, hizo una señal disimulada al joven, mientras seguía haciendo ostentación de sus encantos. Barrett evolucionó, se situó detrás del centinela y, súbitamente, le golpeó con la lanza en la base del cuello.

Las alas del centinela dejaron de moverse y se plegaron instantáneamente. El «homáguila» cayó a plomo.

Estaban a unos ciento cincuenta metros de altura. Segundos más tarde, vieron alzarse un chorro de espumas de la quieta superficie del lago.

—Bueno, el paso está abierto —dijo ella alegremente. Y se lanzó hacia la terraza elegida para la llegada. Las cosas salían con demasiada facilidad, pensó Barrett. Sentíase aprensivo. Presentía que S'Kurr guardaba un as en la manga.

¿Por qué solamente un centinela había salido a si encuentro? ¿No

decían que había más de cien?

Cuando aterrizaban, oyeron abajo unos rugidos espantosos. Tranquila, sin ofrecer el menor signo de temor, Bithys dijo:

—No te preocupes, son los «leotibs». Pero esas bestias no entran jamás en el castillo.

—Muy bien. Conocerás el camino, supongo. —Descuida. Antes de cinco minutos, estarás con mi hermana.

Barrett se quitó las alas y el propulsor individual. La lanza no le iba a servir ya para nada, así que la dejó en el suelo. La única arma en la que podía confiar era la pistola de «láser» y la empuñó con dedos crispados.

Bithys se quitó igualmente el resto del equipo. Sin embargo, en una de las alas había una especie de bolsillo, del que sacó dos trozos de tela, de forma semiesférica, con cintas y tirantes.

—La demostración de belleza ha terminado —dijo, maliciosa.

A poca distancia, había una puerta de madera, situada en un muro construido con sillares de impresionante grosor. Bithys avanzó hacia la puerta, pero antes de que pudiera tocar el pomo, sucedió algo absolutamente inesperado.

Como fantasmas que surgieran del más allá, una docena de hombres se hicieron visibles y rodearon a la pareja, encañonándolos con sus armas. Bithys, inmensamente sorprendida, no acertaba a reaccionar siquiera.

La sorpresa de Barrett no era menor. Igualmente se preguntaba de dónde habían salido aquellos sujetos. Sin embargo, había luz suficiente para que pudiera reconocer a uno de ellos.

—¡Capitán Rupphus! —exclamó.

—Yo mismo —contestó el aludido, con torcida sonrisa que no auguraba nada bueno para los dos jóvenes.

CAPITULO IX

Bithys creía soñar. Habían dejado a Rupphus y sus piratas, abandonados en aquel planeta, y sin medios para escapar y, de pronto, aparecían como si fuesen piezas de un juego de magia, salidas del sombrero de copa del prestidigitador.

—Seguramente, nos han seguido para desquitarse —dijo el joven, tras unos segundos de silencio.

—En parte, sí —admitió Rupphus—. Fueron muy crueles con nosotros. Abandonarnos allí a nuestra suerte, sin armas, sin víveres...

—El caso es que han salido, pero, ¿cómo lo consiguieron?

—Olvidaron desconectar los transmisores automáticos y, a las veinticuatro horas, aterrizó una nave comercial. El capitán y sus tripulantes eran gente muy compasiva.

—¿Ha dicho «eran»? —preguntó Biyhus.

Rupphus bajó la cabeza y se puso una mano en el pecho.

—¡Descansen en paz! —exclamó.

—Asesinos...

Barrett extendió una mano.

—Déjate de reproches —dijo—. Capitán, ¿debo entender que eran ustedes los que seguían a nuestro colaborador, el teniente Unn?

—Sin duda alguna —admitió Rupphus con una estentórea carcajada —. Pero el tipo fue listo y se nos escabulló. Luego envié patrullas en distintas direcciones y una consiguió dar con ustedes. Entonces, decidí seguirles.

—No veo su nave...

Rupphus señaló la escala de cuerda que pendía de un lugar completamente invisible, como si estuviera suspendida por sí misma.

—Está ahí, a pocos metros, pero absolutamente invisible e indetectable. A decir verdad, está en otra dimensión, pero flotando sobre nuestras cabezas a tan corta distancia. Es una nave maravillosa, el último tipo, y tan perfecta, que no hace falta salir de los límites de un sistema planetario, para efectuar la transición hiperespacial. Basta con despegarse media docena de metros del suelo y ya está.

—Maravillosa, en efecto —convino el joven—. Sobre todo, si pensamos en que no le ha costado un solo centésimo.

—Está llena de sangre inocente —dijo Bithys rencorosamente.

Rupphus se encogió de hombros.

—Es la vida —respondió, con frío cinismo—. Unos ganan, otros pierden...

La mente de Barrett estaba en plena actividad. Era preciso hacer algo para solucionar aquel inesperado escollo, que se había presentado ante su camino de manera tan sorprendente.

—Ustedes no han venido aquí por placer —continuó el gigante barbudo—. Esta casita tiene algo interesante. ¿Puedo saber qué es?

Barrett oyó aquellas palabras y creyó haber hallado la solución.

—¿Cuántos son ustedes, capitán?

—Oh, bastantes. Los que están aquí son sólo una avanzadilla...

Rupphus señaló hacia arriba.

—Casi treinta, en total —respondió.

—Pero antes no tenía tantos...

—Me aguardaban en Alliwan. Al regresar, los recuperé y... Bueno, ¿se puede saber qué diablos hay en este maldito castillo?

—Necesitará todos sus hombres, capitán. La fortaleza está llena de tesoros.

Bithys oyó al joven y quiso decir algo, pero Barrett se lo impidió con un rápido ademán.

—Puede hacerse rico por el resto de sus días —continuó él—. Pero tendrá que agradecérmelo.

—¿Cómo?

—Mi prometida está encerrada y yo he venido a liberarla. Respétenla.

—¿Secuestrada?

—Sí.

—Debe de ser muy guapa.

—Lo es.

Rupphus se echó a reír.

—Está bien, respetaremos a tu chica, siempre que sea verdad lo que has dicho. ¿Dónde están esos tesoros?

Barrett hizo un amplio además con el brazo.

—Por todas partes —contestó—. No hay más que entrar y elegir. Pero le advierto que están muy bien protegidos; encontrarán resistencia y...

—El botín resultará así más sabroso —dijo Rupphus alegremente.

De pronto, se metió dos dedos en la boca y lanzó un penetrante silbido.

Casi en el acto, la escala se llenó de hombres que descendían a toda

velocidad. Rupphus ladró una orden:

—¡Bill, derriba la puerta!

Nitti sacó su pistola «láser» y quemó la cerradura. A continuación, levantó el pie y abrió con fuerte impulso.

—¡Vamos, a por los tesoros! —rugió el gigante.

Seguido de sus compinches, Rupphus se precipitó por la abertura, aullando como un energúmeno. A Barrett le pareció estar contemplando en vivo una historia de vikingos feroces.

El griterío era impresionante. Empezaron a sonar los primeros chasquidos de las pistolas «láser». Se oyeron algunos alaridos de agonía.

Terriblemente pálida. Bithys se volvió hacia el joven.

—¿Por qué has hecho eso? —preguntó.

—¿No te habías dado cuenta? Sólo un centinela nos salió al paso y hay más de cien. ¡S'Kurr estaba aguardándonos!

—Oh... Entonces, les has dicho eso, para que despejen el camino.

—¿Te parece mal? Si alguien debe morir, ellos son los más adecuados.

—Estoy de acuerdo contigo, pero, ¿cómo- llegar hasta Vynella?

El fragor de la lucha era atronador. Por todas partes se oían estampidos, chasquidos, gritos de furor y de dolor, atroces imprecaciones y espantosos juramentos. Se percibían sonidos de vidrios rotos y muebles astillados y los agudos alaridos de los piratas se mezclaban con los chillidos de los «homágilas».

—Bithys, tú conoces el lugar donde está tu hermana —dijo el joven.

—Por supuesto. Pero ahora es imposible llegar hasta allí...

Bithys se acercó al parapeto y miró hacia abajo.

—Estamos casi encima de sus habitaciones —añadió.

—Podríamos usar los propulsores, ¿no te parece?

—Yo no lo haría. Ahora, S'Kurr sabe ya que estamos aquí. Es más, estoy de acuerdo contigo; nos dejó llegar hasta la fortaleza. Pero no me pondría uno de esos chismes por nada del mundo. Posiblemente, ha puesto en marcha un interferidor de ondas y no podríamos elevarnos una docena de metros, sin caer a tierra nuevamente.

Barren se estremeció al ver la espejeante superficie del lago.

—O a las aguas infestadas de gusanos-piraña —murmuró.

Pero, en aquel momento vio algo que le hizo concebir una idea.

—¡Bithys, ya tengo la solución! —exclamó.

Ella le miró esperanzada. Barrett corrió hacia la escala de cuerda, que pendía todavía de su emplazamiento, y agarró las cuerdas laterales con ambas manos. Luego, de súbito, la sacudió con fuerza, a la vez que la levantaba, para aliviar el peso de los ganchos de sustentación.

La escala cayó, mostrándose entera. Barrett apreció que tenía casi veinte metros de largo.

—Pero, ¿es que ese tonto de Rupphus no ha dejado ningún vigilante a bordo de su nave? —se asombró la muchacha.

—Yo creo que sí, pero me imagino lo que está haciendo.

—¿Qué, Pinky?

—Emborrachándose.

Barrett corrió hacia el parapeto, con la escala en brazos. Al llegar al borde de la terraza, se volvió hacia la muchacha.

—Bithys... .

—Un poco más allá —indicó ella.

Barrett situó los ganchos en el lugar señalado.

—Creo que saldremos, aproximadamente, a la ventana de la habitación de mi hermana —añadió la joven.

De pronto, se oyeron unos atroces rugidos.

Sonaron chillidos de pánico. Bithys se aterró.

—¡Pinky! Los «leotibs» están dentro de la fortaleza.

Barrett empujó a la muchacha hacia el parapeto.

—Vamos, baja, no perdamos más tiempo.

Bithys se puso a caballo sobre el muro y luego colocó el pie derecho en el primer peldaño. Barrett estaba allí, con la vista fija en la puerta, que ya no era garantía alguna de protección contra las fieras que guardaban la fortaleza.

—¡Aprisa, Pinky! —gritó la chica, suspendida ya en[1] el vacío.

En aquel momento, un hombre salió a la terraza. Claramente se advertía que estaba enloquecido por el pánico. El pirata buscó la escala y maldijo al ver que no estaba en el sitio en que había quedado.

Detrás del sujeto sonaron unos atroces rugidos. El pirata perdió la cabeza y corrió hacia el parapeto, sobre el que se puso de pie, justo en el momento en que un «leotib» salía a través de la puerta. El hombre no se lo pensó dos veces y se lanzó al vacío.

En la escala, a la que se aferraba con ambas manos, a cuatro o cinco

metros del parapeto, Bithys presenció el descenso del pirata, suponiendo que el hombre confiaba en hundirse en el agua y salvar así la vida. Pero eran ciento cincuenta metros de caída.

Y, aunque, por algún prodigio, pudiera salvarse del choque contra el agua, estaban los gusanos-piraña.

Arriba, en la terraza, Barrett creía soñar al contemplar la fiera que había surgido tan inesperadamente. Era la creación de una mente enferma, de un espíritu poseído por inconfesables delirios. Aquella horrenda cabeza de tiburón, al extremo de un cuello largo y flexible, que se prolongaba en el cuerpo de un león-Levantó la mano armada y disparó media docena de descargas de «láser» contra la bestia. El «leotib» se desplomó fulminado.

Inmediatamente, corrió hacia el parapeto y se deslizó por la escala.

—Menos mal —dijo la muchacha, a cuatro metros por debajo de él—. Empezaba a pensar que no ibas a venir nunca.

—Estaba algo ocupado. Nada de importancia —contestó él con displicencia.

Bithys descendió hasta poner el pie en uno de los últimos peldaños. Entonces, lanzó una exclamación:

—¡Aquí es!

* * *

Los muros de la fortaleza eran terriblemente gruesos y el hueco frente al que se hallaba la muchacha no medía menos de dos metros y medio de profundidad. La parte inferior era una plataforma casi horizontal, en la que se podía permanecer sin riesgo alguno.

Bithys pasó a la plataforma. Barrett llegó segundos más tarde y, una vez dentro del hueco, sacudió la escala, para desengancharla del sitio en que estaba sujeta.

—No quiero que averigüen demasiado pronto la forma en que hemos llegado hasta aquí.

Bithys aprobó la acción del joven con un movimiento de cabeza. Luego señaló hacia la ventana que se divisaba al final del hueco.

—Allí —dijo simplemente.

Había cristales en aquella ventana, pero no se divisaba luz. Barrett, pistola en mano, avanzó cautelosamente y trató de ver lo que había al otro lado, con resultado negativo.

—No tenemos otro remedio que entrar como sea —dijo.

Golpeó con el codo, pero el cristal resistió. «Son blindados», pensó de inmediato.

Retrocedió un paso, apuntó y fundió el vidrio con una descarga. Luego pasó la mano por el hueco y buscó la falleba. La ventana se abrió ya sin dificultades.

—Deja, yo entraré primero —pidió Bithys—. Conozco el lugar.

—Me parece que estás equivocada —dijo él—. No hay rastros de Vynella...

Bithys saltó al interior y buscó un interruptor. Al hacerse la luz, Barrett pudo apreciar que se hallaba en un vasto dormitorio, que aparecía completamente en orden, pero sin la menor señal de haberse ocupado en mucho tiempo.

—¿Hay seguridad de que Vynella siga en Sanhwoj? —preguntó Barrett—. ¿Y si S'Kurr la trasladó a otro lugar?

Desconcertada, Bithys se mordió los labios.

—Es imposible —dijo—. Estoy segura de que sigue en la fortaleza. Por muchos problemas que ellos le plantee, S'Kurr no podría encontrar sitio más seguro.

—Bien, tendremos que buscar por todas partes... -^Barrett aguzó el oído—. Sin embargo, parece que la lucha no ha terminado todavía.

A pesar del grosor de la puerta que permitía el acceso a la estancia, se percibían todavía los ruidos propios del combate. Barrett apreció la antigüedad de la construcción del edificio. La iluminación era plenamente actual, y seguramente también, la instalación del baño contiguo y del acondicionamiento de aire. Todo lo demás ofrecía el estilo propio de Hegghaddon cinco o seis siglos atrás.

De pronto, cuando se disponía a abrir la puerta, oyó ruidos en el exterior. Saltó hacia atrás y agitó la mano.

—¡Cuidado! —avisó.

Bithys se ocultó tras unas cortinas. Barrett se lanzó en plancha debajo de la monumental cama que había en uno de los lados de la estancia. Desde allí, pudo apreciar sin dificultad lo que sucedía.

La puerta, de tres metros de altura, se abrió bruscamente y un «homáguila» entró en el dormitorio. El hombre alado tenía su lanza en la mano derecha y, sin duda, para manejarla mejor en espacios cerrados, había suprimido la mitad de sus elementos. Ahora, la lanza tenía una longitud aproximada de dos metros, pero seguía siendo un arma terrible en manos de un hombre entrenado para su manejo.

Barrett apreció la enorme musculatura de las espaldas del sujeto, necesarias para mover las alas, que sobresalían casi un metro por encima de su cabeza y llegaban al suelo. Tumbado bajo el lecho, pensó que le habría gustado conocer al biólogo demente autor de semejantes aberraciones.

Súbitamente, el «homáguila» abrió la puerta de golpe y movió su brazo armado. Al otro lado sonó un alarido aterrador.

La lanza se retiró, manchada de sangre casi hasta la mitad. Un segundo después, se oyó el chasquido de una pistola «láser». El «homáguila» soltó la lanza, abrió los brazos y se desplomó de espaldas. .

Un hombre entró en el dormitorio, saltando por encima del cadáver del «homáguila». Lo arrastró con una sola mano y luego empujó la puerta. Barrett se quedó boquiabierto al reconocer a Rupphus.

El gigante barbudo mascullaba mil imprecaciones. Barrett pudo apreciar que la mayoría eran dirigidas hacia ellos. Indudablemente, Rupphus se sentía furioso por el fracaso de su expedición de saqueo.

Barrett se dispuso a combatir al sujeto. Le disgustaba tener que hacerlo, pero si no había otro remedio, le dispararía por la espalda.

Entonces, sucedió lo inesperado.

Rupphus daba la espalda a las cortinas tras las cuales se hallaba la muchacha. Atónito, Barrett vio asomar la mano dé Bithys y tantear suavemente, hasta apoderarse de un jarrón situado encima de una consola.

El barbudo pareció presentir el peligro, pero ya era tarde. Con gran estrépito, el jarrón se rompió en su frente y los fragmentos volaron por todas partes. Rupphus lanzó un gruñido de dolor y empezó a caer hacia adelante.

Instintivamente, extendió las manos y empujó a la muchacha hacia atrás. Bithys lanzó un grito y retrocedió con violencia. Sus hombros golpearon el muro y, súbitamente, desapareció de la vista del joven.

CAPITULO X

Barrett se sentía pasmado. Arrastrándose con rapidez, abandonó su escondite y corrió hacia el lugar en que había visto desaparecer a la muchacha.

Golpeó el muro con ambas manos, sin obtener resultados prácticos. A sus pies, Rupphus se agitaba débilmente, a la vez que emitía sordos quejidos. Había sangre en su frente.

Barrett se inclinó y cogió la pistola del gigante. Los ruidos de la batalla habían cesado casi por completo.

Desconcertado, permaneció unos momentos sin saber qué hacer. Pero era evidente que no podía seguir allí por mucho tiempo.

Al cabo de unos segundos, se acercó a la puerta. Casi en el acto, la cerró de golpe, eludiendo por centímetros el feroz ataque de un «leotib», cuyas ganas arañaron infructuosamente la madera:

Retrocedió, con la frente cubierta de sudor. Al otro lado, se oyeron más gruñidos bestiales. Barrett supuso que habían acudido más fieras. Las garras de los animales rascaban la madera con furia enconada. Era muy gruesa, pero Barrett adquirió la convicción de que, tarde o temprano, romperían la puerta.

Súbitamente, creyó soñar.

Aquella voz, ¿era la de Bithys?

—¡Pinky, ven! *¡He encontrado a mi hermana!*

Barrett giró en redondo. Feliz, sonriente, Bithys estaba en el mismo lugar por donde había desaparecido, haciendo ademanes de llamada. Al correr hacia ella, advirtió un hueco de sección cuadrada y aproximadamente de dos metros de lado.

—Pero esto...

—Es un ascensor.

—¡Demonios!

—Rupphus me empujó y yo puse en marcha involuntariamente el mecanismo de funcionamiento. El ascensor conduce directamente al lugar donde está Vynella encerrada.

Barrett cruzó la puerta, que se cerró en el acto. El suelo e hundió un segundo después.

El viaje fue muy corto. No obstante, Barrett calculó que el ascensor se había detenido en lo más profundo de la fortaleza, con toda seguridad, en algún lugar situado en el interior de la roca viva. Al abrirse la puerta, se sintió deslumbrado por la brillante iluminación del lugar.

La estancia era también cómoda, muy espaciosa y agradablemente decorada, aunque sin lujos excesivos. Barrett notó en ella algo que no encajaba por completo con la decoración, aunque de momento no supo concretar el detalle que le causaba cierta inquietud. Sin embargo, lo dejo de lado y procuró concentrarse en su misión.

Vynella, sobriamente ataviada, aunque muy pálida, debido a los largos meses de encierro, le dirigió una cálida sonrisa.

—Bien venido, Pinky —saludó.

Barrett hizo una cortesana reverencia.

—Señora...

Vynella miró a su hermana.

—Así que éste es el mensajero de la Tierra.

—Sí —confirmó Bithys.

—De todos modos, debo confirmarlo por mí misma. .Acércate, Pinky.

Barrett dio dos pasos hacia adelante. Vynella alargó la mano y tomó un cilindro que había encima de una mesa y que parecía hecho de un metal semejante al oro.

El cilindro medía casi un metro de largo por ocho centímetros de diámetro. Vynella lo encaró hacia el joven y empezó a moverlo a partir de la cabeza, siguiendo puntualmente los contornos del cuerpo del joven.

De repente, Barrett vio que se encendía una minúscula lucecita en el extremo del cilindro. La lucecita parpadeaba con cierto ritmo, no demasiado rápido, pero se apagaba si Vynella apartaba el cilindro del lugar en que lo había detenido.

—Sí, es el mensajero —sonrió.

—¿Qué llevo encima que ha hecho brillar esa luz? —preguntó Barrett.

—Una minúscula emisora de radio, tan diminuta, que puede circular sin dificultad por tus venas. El receptor es altamente sensible y capta las emisiones sin dificultad —explicó Vynella.

—Buen truco —comentó el joven a media voz—. Supongo que lo harían mientras yo estaba inconsciente.

—Sí, seguro. Y ahora ya puedo firmar el tratado...

Barrett levantó una mano.

—Permíteme, señora.

Vynella le miró con curiosidad.

—Bithys, ¿qué le pasa? —preguntó—. ¿No le ordenaron cumplir una misión?

—Tiene ideas propias —respondió la muchacha.

—Puede que ese tratado, en contra de lo que se piensa, no sea

conveniente para la Tierra —alegó el joven.

—Yo opino todo lo contrario —exclamó Vynella—. Si alguien puede resultar perjudicado, somos nosotros...

—Entonces, tampoco habrá firma.

Vynella frunció el ceño.

—Pinky, no te enviaron aquí para discutir un acto de gobierno, que no te compete en absoluto —dijo, irritada—. Firmaré el tratado y tú lo llevarás de vuelta a la Tierra.

—¿Y si me niego?

Vynella vaciló.

—No puedes hacerlo —contestó.

—¿Por qué? Nadie puede obligarme...

—Te costaría muy caro —amenazó Vynella.

Bithys dio un paso hacia adelante.

—Permite que lo lea, por favor —rogó.

—Está bien. —Vynella volvió a coger el cilindro, desenroscó la tapa donde se había visto la luz y sacó un papel enrollado, que puso en manos del joven—. Toma... y aprueba mi decisión —añadió, sarcástica.

Barrett desenrolló el documento y empezó a leer las cláusulas del tratado. Al cabo de unos minutos, dijo:

—No impediré que lo firmes, pero, en tu lugar, yo no lo haría.

—¿Por qué? —se asombró Vynella.

—Estudia más detenidamente la cláusula cuarta, párrafo segundo. Su redacción es completamente ambigua y da a entender que otro planeta podría impugnar el tratado, si resultase perjudicial para una de las partes contratantes. A la larga, el perjuicio sería para vosotros y entonces, cuando ya la Tierra hubiera sacado todo el jugo al tratado, podría pedir el cumplimiento de esa cláusula. Y, ¿sabes entonces quién se aprovecharía?

—No. Dímelo, por favor.

Barrett golpeó el documento con el dedo índice.

—Es una sucia jugada que os hacen la Tierra y Exphyn-Er. A lo mejor lo echaron a cara o cruz y le tocó a la Tierra..., pero cuando ésta pida que se cumpla el párrafo segundo de esa cláusula, Exphyn-Er, que está a la espera, saltará sobre vosotros, para sacaros el poco jugo que los terrestres os hayan dejado. ¿Quieres que tu planeta sea tratado como un limón?

Vynella, desconcertada, volvió los ojos hacia su hermana.

—Bithys, ¿qué opinas?

—Hay una cosa segura —respondió la interpelada—. S'Kurr te trajo aquí, porque le convenía que Exphyn-Er actuase en primer lugar. No lo ha conseguido aún, pero eso demuestra la malicia del gobierno de Exphyn-Er. Porque si hubiese conseguido sus propósitos, el trato concluido con la Tierra a nuestras espaldas, no hubiese servido de nada. Para los terrestres, claro.

—En resumen, tan traidores son los unos como los otros —dijo Barrett firmemente.

Vynella le miró intensamente.

—Tú eres terrestre —dijo.

—No quiero que las gentes de mi planeta quieran avergonzarse un día

de los actos de un gobierno inescrupuloso. Además, he visto otras cláusulas nada ventajosas para vosotros. Redacta de nuevo el tratado; exige más beneficios a cambio. Lo firmarán, créeme. Ahora quieren comprar por uno lo que vale diez, cuando pueden pagar perfectamente nueve, con lo que les quedará uno de beneficio. Pero ese uno, multiplicado por billones, representa una cantidad astronómica.

—Creo que tienes razón —sonrió Vynella—. Ordenaré una nueva redacción del tratado...

—Cuando salgamos de aquí —le recordó Bithys.

Barrett miró de nuevo a su alrededor. Entonces captó el detalle que antes no había sido capaz de encontrar.

—¡No hay más vía de acceso que el ascensor! —exclamó.

—Sí —corroboró Vynella.

—Entonces, salgamos de aquí cuanto antes —dijo perentoriamente.

—Temo que eso es algo que no va a ser posible —sonó de pronto una voz sarcástica.

Vynella reconoció la voz y lanzó una exclamación de sorpresa:

* * *

-¡S'Kurr!

—El ascensor está arriba —dijo el primer ministro—. Acabo de destruir los controles y el mecanismo antigravedad ha sido inutilizado también. Ya no podrán salir de ese subterráneo.

Bithys lanzó un grito de furia.

—¡Canalla!

S'Kurr se echó a reír,

—La verdad, el terrestre me ha causado no pocos quebraderos de cabeza, incluyendo el asalto de los piratas, que ha

86sido rechazado, aunque a costa de un montón de bajas. Pero no puedo consentir que Barrett lleve el tratado firmado a su planeta.

El joven se puso un dedo en los labios. Era evidente que S'Kurr hablaba a través de unos altavoces disimulados en la pared. Pero resultaba imperativo evitar que conociese la decisión que habían adoptado.

—Entonces, ¿piensa dejarnos aquí?

Sonó otra carcajada.

—No te quejes, terrestre —exclamó el primer ministro—. Te dejo en compañía de dos mujeres jóvenes y hermosas y espero que ardientes. Podrás morir dulcemente, agonizando de amor... ¡y de hambre y sed!

—Un bonito panorama —dijo el joven.

—Lo es. Dentro de veinticuatro horas, regresaré a la capital y anunciaré el fallecimiento de Vynella...

—Tendrás que mostrar mi cadáver —exclamó la aludida.

—¿Crees que no he pensado en ello? A decir verdad, sólo esperaba la llegada del agente de la Tierra, para completar mi plan. Hace tiempo que conservo el cadáver de una joven, cuyos rasgos han sido modificados para que todo el mundo pueda ver que Vynella ha muerto, tras larga enfermedad. Vynella muerta, el agente de la Tierra fracasado... y hasta esa chica sabihonda y entremetida desaparecerá de este mundo muy pronto.

—Y también de la memoria de las gentes —dijo Bithys, furiosa.

—S'Kurr, seguro que tiene ya preparado el sustituto de Vynella —intervino Barrett.

—Es lógico. En estos casos, hay que cubrir todas las eventualidades. Será una persona dócil y amable, que hará todo lo que yo le ordene. Claro que habrá un simulacro de elecciones, pero, como pueden comprender, resultará elegido mi candidato.

—Yo pensé que se iba a autoproclamar príncipe-gobernador.

—Entonces, no tendría apenas poder. Prefiero ser el segundo, pero disfrutando del verdadero poder.

—¡Qué hombre tan listo! Si sigue así, seguro que llega a Archiemperador de la Supergalaxia —dijo Barrett burlonamente.

—¿Por qué no? Sólo es cuestión de tiempo, astucia, paciencia... y de una acertada distribución de las riquezas que Hegghaddon alberga en su subsuelo.

—Vamos, la vieja máxima: «Con oro nada falla», ¿eh?

—Algo por el estilo. Exphyn-Er creerá firmar un tratado ventajoso, pero cuando se den cuenta, serán poco menos que esclavos de Hegghaddon.

—Esclavos suyos, mejor dicho.

S'Kurr volvió a reír.

—¿Importa mucho el nombre? Bien, la conversación ha terminado. Ahora empieza el fin para los tres. Me gustaría decir «Buena suerte», pero, como comprenderán, no se lo puedo desear. ¡Adiós para siempre!

El silencio volvió a la estancia. Barrett meneó su cabeza.

—No cabe duda —dijo—. Ha sabido jugar bien sus cartas y, aunque con fracasos parciales, ha conseguido su objetivo. No habrá tratado con la Tierra, se firmará con Exphyn-Er, pondrá a un monigote en el puesto más alto del planeta...

—Ganar batallas no importa tanto como ganar la guerra y él es el vencedor —dijo Vynella lúgubremente.

De nuevo se hizo el silencio. Barrett se preguntó cuánto podrían aguantar en aquel lugar, sin comida ni bebida.

CAPITULO XI

Transcurrieron unos minutos. Al fin, Barrett se acercó a la puerta del ascensor.

—Es inútil —dijo Vynella—. Las paredes son absolutamente lisas. Recuerda que funciona por antigravedad.

—Lo cual significa que no hay rieles laterales, ni cables, ni escaleras para revisión.

—Exactamente. No es lo suficientemente angosto para subir haciendo presión con brazos y rodillas y, además, hay casi ochenta metros hasta mi antiguo dormitorio.

—Una bonita perspectiva —murmuró el joven. De pronto, tocó la culata de la pistola de «láser».

—Ni lo sueñes siquiera —dijo Vynella, que había adivinado sus intenciones.

—Suponiendo que consiguieras perforar la pared, sin agotar la carga de tu pistola, lo único que harías sería inundar la estancia.

—Es decir, nos hallamos bajo el nivel del lago.

—A cinco metros de la superficie, por lo menos.

De pronto, Bithys agarró el brazo del joven.

—¡Es la mejor idea que podías tener! —exclamó.

—A ver, aclárate —pidió Barrett.

—Yo conservo mi pistola. Usaremos las dos sucesivamente, porque con una sola tendríamos bastante. ¡Pero no hay gusanos-piraña en las inmediaciones del islote!

Barrett parpadeó.

—¿Estás segura?

—Sí —confirmó Vynella—. Bithys tiene razón. Hay una barrera circular de ultrasonidos, que los repele absolutamente. A fin de cuentas, de vez en cuando resulta agradable tomar un baño en el lago.

—Esa podría ser la solución —murmuró el joven—. Vyne-11a, has dicho que estamos a cinco metros de profundidad.

—Sí, en efecto.

—No hay gusanos-piraña..., pero sí están los «leotibs».

—Me obedecen —dijo Vynella sorprendentemente.

—¿Qué? —gritó Bithys.

—Ya lo habéis oído. Normalmente, yo no estaba encerrada en mi habitación las veinticuatro horas del día. S'Kurr sabía que le interesaba conservarme viva, hasta el momento adecuado. Por tanto, me permitía pasear, bañarme en el lago... y conseguí que acondicionase a los «leotibs» para que me respetasen y hasta obedecieran mis órdenes.

—Bueno, ése es otro obstáculo eliminado. —Barrett paseó la mirada por la habitación—. Ahora tenemos que pensar cuánto aguantaremos sin respirar, una -vez se haya inundado la estancia.

—Un minuto, no más —dijo Bithys.

—Insuficiente.

Vynella fue hasta el fondo del dormitorio y volvió con algo en la mano.

—Tabletas de oxígeno —dijo.

—¿Cómo? —exclamó el joven.

—Hace tiempo que pensaba en fugarme a través del lago. Lo único que me faltaba era un repelente individual de ultrasonidos, que usaría apenas traspasara la barrera. Pero necesitaría nadar mucho rato bajo el agua, para no ser vista. Conseguí las tabletas, pero no el aparato.

Barrett asintió.

—¿Cuánto duran sus efectos? —preguntó.

—Depende de la dosis. Una hora, incluso.

—Con diez minutos tendremos más que suficiente. Las tomaremos apenas veamos que el agua va a irrumpir en el cuarto. ¿Se apagarán las luces?

—No —contestó Vynella—. Todas las lámparas son estancas... Bueno, siempre lo han sido, incluso las que no tienen que estar en contacto con el agua.

Barrett hizo un gesto con la mano y sacó la pistola. Las dos mujeres se situaron detrás de él.

La primera descarga abrió un boquete de unos diez centímetros de ancho por veinte de profundidad. Barrett se volvió hacia Bithys.

—Es preciso abrir la puerta del ascensor o nos asaremos vivos.

La muchacha asintió. Barrett volvió a disparar.

Treinta minutos más tarde, estaban literalmente bañados en su propio sudor. Barrett consultó el indicador de carga de la pistola de Bithys. La suya hacía rato estaba descargada.

Sintióse pesimista.

—Dos disparos más —anunció, con la vista fija en el túnel que había abierto a fuerza de descargas «láser»—. Si no perforo...

No se atrevió a completar la frase. Vynella se le acercó y le entregó

dos tabletas.

—Tómatelas —indicó.

Barrett asintió y se tragó las tabletas. Luego volvió a la entrada del túnel.

Disparó una vez. Casi en el acto, oyó un violento siseo.

—¡Ya entra el agua! —anunció.

Se oyó un crujido. La pared empezaba a ceder. Hizo el último disparo y, en el acto, se oyó un profundo trueno.

—¡Cuidado! —gritó, a la vez que saltaba a un lado.

El túnel medía metro y medio de diámetro. Un colosal turbión de líquido irrumpió fragorosamente a través del hueco. Barrett y las dos mujeres se sintieron violentamente zarandeados por el agua, y arrojados de un lado tras otro, hasta que, totalmente inundaba la estancia, notaron se había producido la calma.

Entonces, Barrett nadó a lo largo del túnel, ayudándose en ocasiones con las manos. Recorrió cosa de veinte metros y notó que salía fuera. Taloneó vigorosamente y, unos segundos después, asomó la cabeza al exterior.

Dos cabezas más surgieron a los pocos instantes. La orilla estaba a media docena de metros. Nadaron un poco, salieron a terreno firme y se sentaron, chorreantes y fatigados, pero felices y a salvo.

Al cabo de unos momentos, Barrett levantó la vista hacia los colosales muros que se erguían sobre sus cabezas.

—¿Se habrá marchado S'Kurr? —murmuró.

—Dijo que permanecería veinticuatro horas más —le recordó Bithys.

El joven se puso en pie.

—Entonces, es tiempo de ajustar cuentas —dijo firmemente.

* * *

Vynella marchaba en cabeza, no sólo porque conocía el terreno, sino para evitar el encuentro con algún «leotib». Sin embargo, a medida que avanzaban, encontraban claras señales de la salvaje batalla que se había desencadenado con la llegada de los piratas de Rupphus.

Había decenas de cadáveres de «homáguilas» y de «leotibs». También encontraron numerosos cuerpos de piratas, algunos de ellos literalmente despedazados. La fortaleza parecía abandonada.

—Quizá se haya marchado —apuntó Bithys.

—Entonces, apareceré cuando anuncie mi muerte y le desenmascararé ante el pueblo —exclamó Vynella resueltamente.

Reinaba un tétrico silencio en el interior de la fortaleza. Al llegar al gran vestíbulo, Bithys sugirió el empleo de uno de los ascensores.

—Es probable que se encuentre en su despacho y no está lejos de tu antiguo dormitorio, Vynella.

—Muy bien, vamos allá.

Barrett no quería dejarse sorprender y recogió una pistola del suelo. Comprobó que había carga todavía para unos disparos y siguió a las dos hermanas.

Momentos después, salían a un vasto rellano, en el que se divisaban dos puertas. Vynella señaló una con la mano.

Barrett avanzó cautelosamente. Entreabrió la puerta ligeramente y atisbo por la rendija. S'Kurr estaba allí, hablando con un individuo.

—Yo me vuelvo a la capital —dijo S'Kurr—. Quédate aquí y reorganiza todo. Enviaré un pelotón de soldados para que te ayuden, capitán.

—Bien, señor —contestó Hrane.

—Los «homáguilas» están desmoralizados —continuó el primer ministro—. Me tienen completamente decepcionado. Nunca que resultasen tan cobardes.

—Se enfrentaron con unos desesperados...

—Para casos así los tenía, ¿no?

—De todos modos, te quedan dos que han reaccionado un poco.

—Sí, es verdad.

S'Kurr se mordió los labios.

—Capitán...

—¿Señor?

—No me fío de los prisioneros, en especial del terrestre. Envíales una buena carga explosiva por el hueco del ascensor. Añade también una dosis de gas letal.

—Sí, señor.

—Luego perforaremos la pared y el agua inundará para siempre aquella cámara. Jamás encontrarán sus cuerpos, sobre todo, si desconectamos la barrera que impide el paso a los gusanos-piraña.

S'Kurr alargó una mano y pulsó el botón.

—¡Ya está desconectada! —anunció, con perversa sonrisa.

Y se puso en pie.

Barrett se dispuso a intervenir. En aquel instante, oyó un atroz rugido a sus espaldas.

—¡Rupphus! —chilló Bithys.

El gigante, con la cara aún manchada de sangre, corría enloquecido hacia ellos. Barrett le esquivó y Rupphus chocó contra la puerta, terminando de abrirla.

Hrane se volvió y le disparó con su pistola, pero erró el tiro al haberse precipitado en la acción. Rupphus saltó sobre él, le rompió el brazo de un tirón y lo lanzó a un lado.

Barrett levantó el arma. Rupphus parecía haber enloquecido.

Mientras, S'Kurr corría hacia la terraza, en donde había dos «homáguilas» esperando.

—¡Aprisa, sacadme de aquí! —aulló.

Extendió los brazos y los «homáguilas» le alzaron en peso, a la vez que batían sus alas para elevarse del suelo. Instantes después, rebasaban el parapeto.

Poseído por una furia demencial, Rupphus corrió hacia el parapeto y apuntó hacia los fugitivos. De pronto, los «homáguilas», a veinte metros de distancia, viraron en redondo.

El que estaba a la derecha de S'Kurr arrojó su lanza. Rupphus disparaba su pistola en aquel momento.

La lanza alcanzó su pecho y traspasó el cuerpo, para asomar por la espalda. Pero el «homáguila» había sido alcanzado a su vez y, muerto en el acto, plegó las alas, soltó el brazo de S'Kurr y cayó a plomo hacia e! lago, a ciento cincuenta metros más abajo.

El otro hombre volador trató de sostener a S'Kurr, pero el peso le resultó excesivo y, aunque batía las alas con todas sus fuerzas, empezó a descender inexorablemente hacia las aguas.

Barrett se asomó al parapeto. S'Kurr chillaba ferozmente, imprecando

al «homáguila» para que se desviase por lo menos hacia la tierra firme. El joven comprendió que la mutación quirúrgica realizada con aquellos seres era relativamente incompleta. Podían volar, sí, pero con un mínimo de peso sobre su cuerpo. Los setenta kilos de S'Kurr eran una sobre carga que no podían soportar en absoluto.

Ni siquiera podía gobernarse para volar hacia la tierra firme. El «homáguila» comprendió al fin que sólo podía salvarse de una forma.

A veinte metros de la superficie del lago, soltó al primer ministro. S'Kurr cayó, lanzando un estremecedor alarido.

El sujeto entró de pie en el agua y salió a los pocos ins94tantes, manoteando frenéticamente. Barrett observó que ya estaba totalmente cubierto por los gusanos-piraña.

Medio minuto más tarde, S'Kurr desapareció en las profundidades del lago. Barrett exhaló un largo suspiro de alivio.

Tendido en el suelo, Hrane se quejaba sordamente. Vyne-11a le miró con severidad.

—Tienes muchos crímenes de que responder, pero seré benevolente si lo declaras todo —dijo.

Hrane asintió.

—Sí, declararé todo lo que sé —repuso.

Vynella se acercó al joven.

—Te debo mucho —sonrió—. ¿Qué puedo hacer en tu favor?

Barrett se rascó la cabeza.

—A decir verdad, no he cumplido la misión...

—Te has puesto al lado de la razón y la justicia. Quizá no lo consideren así en la Tierra, pero cuando envíen un embajador,

conocerán las condiciones del nuevo tratado que deben firmar si quieren seguir manteniendo relaciones de amistad con Hegghaddon.

—Sospecho que no vas a poder regresar a tu planeta —dijo Bithys.

Barrett se volvió hacia la muchacha.

—Créeme, no me importará en absoluto —respondió.

Bithys sonrió.

—Bien mirado, y más a partir de este momento, Hegghaddon es un mundo muy bonito —dijo.

—Sí, tiene muchos atractivos.

Vynella miró alternativamente a la pareja.

—Os tomaréis unas vacaciones, supongo.

—Con tu permiso, señora —repuso Barrett.

—Permiso concedido... si Bithys acepta, claro.

La muchacha se sonrojó.

—Con una condición —solicitó.

—Aceptada. ¿De qué se trata, Bithys?

—Haz que expulsen al agente de la Tierra en Alliwan.

Al hablar, Bithys miraba de reojo al joven. Barrett se echó a reír.

—No tengo nada que oponer, aunque puedes estar segura de que no hay ya nada entre los dos. Y ya te dije los motivos...

—¡Basta, no sigas!

Vynella se acercó al videófono que había sobre la mesa.

—Voy a llamar para que vengan a buscarnos —dijo. Muy pensativa, se mordió los labios—. Me pregunto por qué Rupphus atacó directamente a S'Kurr y no te molestó a ti, Pinky.

—Me vio de espaldas y yo llevaba el uniforme de los hombres de S'Kurr. Estaba medio ciego y sólo se dio cuenta de que alguien intentaba huir. —Barrett lanzó una mirada hacia el cadáver del pirata, tendido en la terraza y con la lanza aún hundida en su cuerpo—. No era ya un ser humano, sino una fiera sedienta de sangre.

—En fin, ya ha terminado todo y hemos frenado las ansias neocolonialistas de la Tierra —dijo Vynella, satisfecha—. Ha sido una jugada perfecta —calificó.

—Ahora podrás tenerles en un jaque continuo, una vez que hayan aceptado el nuevo tratado —dijo Barrett—. Pero eso ya es asunto de alta política. Bithys y yo nos ocuparemos de una política menuda... la que se desarrolla exclusivamente entre dos personas de distinto sexo. ¿No te parece, encanto?

—Firmado y rubricado —contestó alegremente la muchacha.

FIN